

CUADERNOS DE HISTORIA 19

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1999



LOS PARLAMENTOS DEL *TOQUI* PEHUENCHE ANCANAMUN DE MALALHUE: CONCEPCIÓN Y MENDOZA, 1781-1784¹

Leonardo León
Universidad de Valparaíso
Universidad de Chile

“Los pehuenches son entre todas estas naciones, los más atrevidos y aguerridos...”, Anónimo, *A Description of Perú, etc.*, 1793 (Atribuido a Tadeo P. Haenke), *British Library, Additional Manuscripts*, 15.975, f. 104.

“Esos indígenas fueron, sin embargo, protagonistas de una historia larga y dramática para sobrevivir en un medio inhóspito y en lucha constante con sus hermanos de

Este trabajo se ha realizado con el apoyo financiero del *Proyecto Guerras tribales y disputas por el poder en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, FONDECYT 1970279; para su terminación, se contó con la asistencia profesional en la investigación y transcripción paleográfica de Paola Salgado, Hugo Contreras, Luis H. Alvarez y Alejandro Pávez. Mis agradecimientos al profesor Osvaldo Silva, por haberme facilitado documentación proveniente del Archivo Histórico de la Provincia de Mendoza. En la medida en que este trabajo es parte de una investigación más amplia y secuencial, nos excusamos de citar las obras que dan cuenta de algunos de los fenómenos aquí analizados, pues ya han sido reseñadas en otros artículos de nuestra autoría. Sin embargo, reconocemos nuestra deuda intelectual con los colegas que, desde diversos ángulos, han enriquecido el estudio de los temas relativos a la historia mapuche, particularmente a S. Villalobos, O. Silva, J. Pinto, M. Becchis, R. Mandrini, M. A. Palermo, J. Bengoa, L. C. Parentini, R. Foerster, J. Vergara, M. Alvarado, E. Tellez, X. Obregón, J. F. Jimenez, I. Inostroza, C. Aldunate, J. Ancán, P. Marimán, E. Alcaman, D. Villar, Silvia Ratto, Gladys Varela, T. Dillehay y G. Boccara.

raza y el invasor cristiano. Esa brecha enlazaba tanto las agresiones como las alianzas, en acomodos continuos, audaces e inteligentes, a veces brutales, en que se perciben las necesidades e intereses elementales del hombre: el instinto vital, la alimentación, el cariño por la mujer y los hijos y la seguridad de la existencia". S. Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza* (Santiago, 1989), p. 11.

A fines de 1781, las autoridades coloniales de Chile fueron estremecidas al enterarse de la marcha que realizaba el *toqui* Ancan y sus guerreros desde Malalhue hacia la frontera de Concepción². La noticia del desplazamiento de una gruesa columna de pehuenches, aucas y puelches desde las tolderías ultracordilleranas con rumbo al río Biobío sembró incertidumbres y creó justificados temores entre los habitantes de la atribulada villa penquista³. El afamado y temido jefe maloquero aparecía encabezando una poderosa y disciplinada fuerza militar, bien conocida porque asolaba por igual las estancias bonaerenses como las haciendas y localidades del valle central de Chile; su mera presencia en la Araucanía corroía los precarios equilibrios sobre los cuales descansaban tanto la distribución del poder tribal como el sistema de convivencia fronteriza con los *huincas*. Todos sabían que la marcha de Ancan marcaba el surgimiento de un nuevo *toqui* —jefe supremo de la guerra— que, a diferencia de sus antecesores, podía reunir bajo su mando a los linajes de ambas vertientes de los Andes. ¿Cuánto tiempo podrían resistir a sus llamados los pehuenches occidentales de Antuco, Lolco y Cule, que aún clamaban venganza por la alevosa muerte que sufrió el cacique gobernador Leviant y casi una treintena de pehuenches pocos años antes?⁴ ¿Quién podría impedir

² Leonardo León, *El surgimiento de los señores de la guerra de Malalhue (Mendoza), 1776-1781* (Manuscrito en prensa, 2.000) proporciona datos adicionales relativos a la marcha de Ancan; Osvaldo Silva, "Fundamentos para proponer una distinción entre etnohistoria e historia indígena", *Revista de Historia Indígena* 3 (Universidad de Chile, Santiago, 1998), pp. 5-17 se refiere a la 'guerra pehuenche' como un caso típico de historia indígena.

³ Sobre la presencia de los pehuenches en la región véase Osvaldo Silva y Eduardo Tellez, "Los pehuenche: identidad y configuración de un mosaico colonial", *Revista Cuadernos de Historia* 13 (Santiago, 1993), pp. 7-53. Gladys Varela *et al.*, "Los pehuenches del noroeste de Neuquén y sus relaciones fronterizas en la segunda mitad del siglo XVIII", *Revista de Historia Indígena* 2 (Universidad de Chile, Santiago, 1997), pp. 77-95; Juan Francisco Jiménez, "Guerras intertribales y economía en la Cordillera de los Andes 1769-1798. El impacto de los conflictos sobre la economía de los pehuenches de Malargüe", *Revista Frontera* 16 (Temuco, 1997), pp. 41-51.

⁴ Leonardo León, *El asesinato del jefe pehuenche Juan Leviant, 1776* (Manuscrito en prensa, 2.000); *La masacre pehuenche de Chillán, 1777. Procesos Judiciales*, (Manuscrito inédito, Informe Proyecto FONDECYT 1970279, año 1999).

el renacimiento de los derrotados *capitanejos* de Araucanía, cuando Ancan podía ofrecerles la apertura de los pasos y boquetes andinos para que incursionaran contra las estancias de Chile, Mendoza, San Luis y Buenos Aires? En el clima de paz que prevalecía en Araucanía, Ancan y sus hombres surgían como un funesto presagio, representando lo peor de un pasado que se quería dejar atrás.

Debido a su estratégica posición en los contrafuertes cordilleranos situados al sur de los ríos Atuel y Diamante, la alianza de pehuenches, aucas y puelches era el obstáculo más importante en el proceso de consolidación de la paz fronteriza. Estos pehuenches, declaró más tarde el gobernador de Chile, Ambrosio de Benavides, en una comunicación al ministro Joseph Gálvez, son “belicosas parcialidades que ocupan la parte interior de la cordillera, ciñen el distrito de este Reyno desde a poca distancia de la capital hasta las últimas provincias, dentro de la tierra, habiendo en este dilatado intermedio, muchos boquetes, y portillos francos en tiempo de verano, para poder ser imbadidas las estancias, potreros, y aún sus mismas villas casi indefensas...”⁵ Luis Nee, quien tuvo la oportunidad de encontrar en su viaje diversas partidas de pehuenches, señaló en su diario: “Son estimados por los más intrépidos guerreros que se conocen entre los Yndios de Chile: nada les espanta...”⁶ “Habitan la comarca comprendida desde el fuerte de San Carlos y hasta el de Santa Bárbara”, escribió Tadeus Haenke en 1793, “y o sea por su corto número o por hallarse rodeados de muchas tribus antagonistas, son naturalmente belicosos”⁷. En esa época, la provincia de Maule no asentaba más de 30.000 españoles, mientras la de Rancagua albergaba alrededor de 20.000, los que vivían esparcidos por la campaña, haciendo muy difícil su enrolamiento en las milicias. Sin fuertes ni guarniciones permanentes, sus asentamientos quedaban expuestos a los ataques indígenas o a los efectos nocivos que tenía el tráfico ilegal de animales, armas y productos con las etnias orientales. “No hay ni puede haber adelantamiento”, –escribió un autor anónimo– “mientras no se sujete y recoja este pueblo a las villas...”⁸ ¿Quién podría salir al paso de los maloqueros de Ancan si estos irrumpían por los pasos y boquetes andinos para asolar las indefensas campañas del valle central?

⁵ Benavides a Galvez, 3 de abril de 1782, *Archivo Nacional de Chile, Capitanía General.*, vol. 781, f. 72 v. Citado en adelante AN. CG.

⁶ Luis Nee, *Viaje desde Talcahuano hasta Santiago de Chile por don Luis Nee, y desde Mendoza a Buenos Aires por el mismo sujeto*, (1793), *BL. Add. Mss.* 17.597, f. 20v.

⁷ *A Description of Perú, etc., 1793*, (Atribuido a T. P. Haenke), *Manuscripts British Library, Additional*, 15.975, f. 104. Citado en adelante *BL. Add. Ms.*

⁸ Anónimo, *Descripción del Reyno de Chile* (1779), *BL. Add. Ms.*, 17.598, f. 34.

A fines de 1770, el reino de Chile se recuperaba lentamente de una década desgarradora que se inició con la guerra de 1769-1771 y que concluyó con la rebelión antifiscal que provocó la instalación de la Contaduría Mayor en Santiago⁹. Por primera vez en su historia, el gobierno colonial pasaba por una verdadera crisis de gobernabilidad, durante la cual la oligarquía local demostró su voluntad de no ceder frente a las arremetidas centralizantes de los borbones. Por estos motivos, el desplazamiento de Ancan y sus hombres no podía ser tomado con ligereza, pues su entrada a la frontera del Biobío podía significar el desmantelamiento del proceso de apaciguamiento que venía tomando lugar desde 1771 y por el cual tanto los representantes del monarca como los *caciques gobernadores* mapuches habían invertido sus energías. Por sobre todo, lo que más intrigaba a las autoridades era el desconocer los motivos de su marcha. ¿Se presentaría Ancan en Concepción como señor de la guerra o como gestor de la paz?

Guerra y parlamento en el mundo penquista

El inesperado rebrote de la violencia maloquera tomó por sorpresa a las autoridades coloniales de Chile, quienes consideraron que la derrota del *toqui* Ayllapangui y la marginalización de los *capitanejos* había puesto fin al *tiempo de guerra* en Araucanía¹⁰. No por ello se había dejado de vigilar la frontera, resguardar los tratados y mantener los contactos políticos con el liderazgo mapuche de paz. A comienzos de la primavera de 1781, el maestre de campo Ambrosio Higgins manifestó al gobernador su interés por mantener el diálogo con los representantes de los cuatro Butalmapus¹¹. Alejar el peligro de la guerra, evitar roces y mantener a la población rural en un constante estado de alerta militar constituían el principal objetivo político del gobierno; regionalmente, lo que perseguían las autoridades era la recuperación económica y social de la campaña penquista y de La Laja.

⁹ Néstor Meza, *La conciencia política chilena durante la monarquía* (Santiago, 1957); Sergio Villalobos, *Tradición y Reforma en 1810* (Santiago, 1961).

¹⁰ Leonardo León, *El surgimiento de los señores de la guerra...*, *Op. cit.*; sobre la derrota de los capitanes véase Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco (Chile), 1769-1776* (Santiago, 1999).

¹¹ *Higgins a Benavides*, Concepción, 24 de octubre de 1781, *Archivo Nacional, Fondo Morla Vicuña*, vol. 24, f. 48v. Citado en adelante AN. FMV.

Sin embargo, la mecánica de la paz fronteriza no era simple ni fácil de articular. La frontera mapuche –que se extendía desde el Atlántico hasta el Pacífico, cubriendo miles de kilómetros de serranías, decenas de fuertes, pagos y fortines y varias ciudades– era un mundo caótico, en el que se entrecruzaban desordenadamente los intereses más diversos hasta llegar a configurar un entreverado sistema de relaciones sociales y políticas difíciles de controlar. Diversos planes de conquista y anexión colapsaban continuamente, ahogando los afanes hegemónicos de aquellos que pretendían racionalizar la pintoresca vida de sujetos atávicos que rehusaban sumarse al progreso y aborrecían toda muestra de autoridad. Desafortunadamente para las autoridades, la rebeldía, la marginalidad, el mestizaje y la transculturación debilitaban la vigencia del *tiempo de paz*. Allí, en los confines del régimen monárquico, la autoridad de los burócratas era tan frágil como débil era el imperio de la ley; los mestizos, criados en el violento crisol que fraguó la guerra de Arauco, difícilmente podían ajustar sus conductas a los cánones abstractos de una legislación extraña. Su inclinación más natural se dirigía a sobrevivir, siguiendo los códigos que forjaba la desesperación y el afán siempre presente de la insubordinación. ¿Hasta dónde se podía esperar que prevalecieran los tratados y acuerdos en un micro universo que no reconocía más autoridad que la de la fuerza y donde el poder encontraba su límite en la soberanía de los demás sujetos sociales? A pesar de la creciente influencia que comenzaban a desplegar las autoridades civiles, la violencia aún imponía el tono y el ritmo a la existencia fronteriza. En esas circunstancias, el nacimiento de un nuevo *toqui*, forjado en el mundo del malón, solamente podía ser visto como un hecho nefasto.

En Concepción, el escenario más antiguo de las relaciones hispano-mapuche, la violencia más cruda fue cediendo su lugar, desde comienzos del siglo XVIII, a un peculiar sistema de convivencia en el que el trato político terminó desplazando a la confrontación¹². Las sucesivas victorias militares

¹² Sobre estos puntos, véase la sólida obra de Sergio et al, *Relaciones Fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1982); *Los Pehuenches en la vida fronteriza* (Santiago, 1989); *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco* (Santiago, 1996); “El avance de la historia fronteriza”, *Revista de Historia Indígena* 2 (Santiago, 1997), p. 5-20; Sergio Villalobos y Jorge Pinto, *Araucanía. Temas de historia fronteriza* (Temuco 1985). Un balance crítico en Rolf Foerster y Jorge Vergara, “¿Relaciones inter-étnicas o relaciones fronterizas?”, *Revista de Historia Indígena* 1 (Universidad de Chile, Santiago, 1996), pp. 9-33. Una lectura global de la bibliografía fronteriza en Luis C. Parentini, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Dibam, Santiago, 1996; para el caso transandino, véase Raúl Mandrini, “Indios y fronteras en el área pampeana (S. XVI-XIX): Balance y perspectivas”, *Anuario del IEHS* 7 (Tandil, 1992), pp. 59-73.

indígenas y el paulatino desmantelamiento de los dispositivos defensivos monárquicos hicieron que, inevitablemente, la paz se convirtiera en el trasfondo de los diversos sistemas de intercambio que se desarrollaron a lo largo del río Biobío. Por supuesto, debido a las volátiles circunstancias que obstaculizaban la gestión administrativa de las autoridades civiles, –escasa autoridad, gran distancia de los centros de poder y extendida indisciplina social– la gobernabilidad fronteriza era solamente posible cuando surgía como fruto del poder compartido; en otras palabras, la construcción del *tiempo de paz* debía ser una tarea colectiva y consensual. En ese proceso, los jefes tribales debían tener especial participación, pues su fuerza militar y su capacidad para reunir aliados era siempre la amenaza más formidable que podía surgir contra la realización de los planes estatales. Como término opuesto de la violencia se erguía el parlamento, principal vehículo del consenso.

“Solo por medio de parlamento o Juntas generales de los Butalmapus”, señaló Higgins en su carta al gobernador, “se les ha hecho comprender hasta aquí lo que les conviene saber, pasándose en estos concursos las continuas Reales disposiciones que siempre ha distribuido la suma bondad de nuestro Soberano a favor de los Indios en general, y con especial manuficencia sobre los caciques honrrados y Indios de buen proceder y de que hay entre estos muchos, estableciendo la práctica de estos Congresos los tratados de paces que con nombre de los de Negrete había estipulado de una y otra parte a imitación de naciones cultas...”¹³

La institución del parlamento penquista (*Coyan*) era una instancia peculiar de negociación en la que encontraban su punto de encuentro las diversas estructuras de poder que subyacían al acontecer político¹⁴. En un ambiente caracterizado por el cambio, era necesario que los jefes cuidaran que el prestigio y la fama de sus linajes no se diluyeran en el anonimato a que condenaba el segmentarismo social. Para que subsistiera el orden social y fuese posible la gobernabilidad, era imprescindible que se escuchara la voz de todos los sujetos que representaban los derechos de sus respectivas comunidades; nadie podía asumir la soberanía de otro ni nadie estaba dispuesto a delegar su autonomía, base fundamental de la libertad. Infaliblemente, la paz era siempre el fruto del consenso elaborado por hombres libres. Por ese motivo, para los *lonkos*, el parlamento tenía un rol fundamental en el establecimiento de la coexistencia pacífica con el huinca y con los demás linajes; lo más crucial, sin

¹³ Higgins a Benavides, Concepción, 24 de octubre de 1781, ...*Op. cit.*.

¹⁴ Sobre estos puntos véase Leonardo León, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las pampas, 1700-1800* (Temuco, 1991); *Apogeo y ocaso...* *Op. cit.*, capítulo IV.

embargo, era el papel que jugaba en la regeneración de los mecanismos que hacían posible la existencia del modo de vida tribal. De allí que su realización periódica fuese tan imperativa. “Los caciques todos esperaban por este tiempo la satisfacción de ver a V. Señoría en esta frontera”, escribió en su comunicación Higgins, “disponiéndose para el honor de rendirle su obediencia en Parlamento general...”¹⁵

La presencia del gobernador de Chile en la frontera era un hecho de excepcional relevancia, porque su apersonamiento actuaba como un poderoso catalizador de las corrientes subterráneas que iban moldeando el acontecer cotidiano. Ungido con las marcas que otorgaban tanto la autoridad real como el reconocimiento del liderazgo mapuche, el gobernador era visto por todos como un articulador poderoso que podía desarmar las intrigas y planes más audaces. Así lo demostró Xavier de Morales cuando en 1771 desbarató el complot que provocó la guerra de 1769, y también el gobernador Jáuregui durante las campañas que llevaron a la derrota del temido Ayllapangui¹⁶. Durante el siglo XVIII, los parlamentos hispano-mapuches tendieron a coincidir con el ingreso al reino de un nuevo gobernador; en ese momento, en un juramento público, el presidente de Chile reconocía los tratados suscritos con los mapuches por sus antecesores, contrayendo el deber de respetar y hacer respetar los derechos otorgados a los naturales¹⁷. De esa manera, el liderazgo tribal renovaba sus vínculos con la máxima autoridad española, asegurándose que la administración entrante continuara pactando compromisos. No obstante, esta dimensión netamente política del Parlamento, la más crucial de la reunión, ha sido una y otra vez desechada por los especialistas, quienes tienden a restar importancia a los juegos de poder que tenían lugar en estos congresos¹⁸.

¹⁵ Higgins a Benavides, Concepción, 24 de octubre de 1781... *Op. cit.*, f. 49v.

¹⁶ Diego Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile* (16 vols., Santiago, 1882), vol. VI.

¹⁷ Luz M. Méndez, “La organización de los parlamentos de indios durante el siglo XVIII”, en S. Villalobos *et al.*, *Relaciones Fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1982); Rolf Foerster, *Jesuitas y Mapuches, 1593-1767* (Santiago, 1997); Guillaume Boccara, *Dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza chilena del siglo XVI al siglo XVIII*, en Jorge Pinto R., (Edit.), *Del discurso colonial al pro-indigenismo. Ensayos de Historia Latinoamericana* (Temuco, 1996). Sobre los parlamentos, véanse los trabajos de Luis Alvarez, *El parlamento de Lonquilmo de 1784* (Tesis para postular al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Valparaíso, 1998); Marisol Videla, *De la Guerra a la Paz: el Parlamento de Negrete de 1726* (Tesis para postular al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Valparaíso, 1999); Macarena Lazo, *El Parlamento de Santiago de 1772* (Tesis para postular al grado de Profesor en Historia y Geografía, Universidad Católica Blas Cañas, 1997).

¹⁸ José Manuel Zavala, “L’avers de la “frontière” du royaume du Chili. Le cas des traités de paix hispano-mapuches du XVIIIe siècle”, en *Historie et Société de l’Amérique Latine*, n° 7 (Nanterre, 1998), pp. 185-208.

En vista de la inminente invasión de Ancan, la necesidad de celebrar un parlamento era más que evidente para los activos protagonistas de la política fronteriza; los más preocupados eran los propios mapuches, quienes observaban con temor la revitalización de la violencia ultracordillerana por el impacto que podía tener sobre la política de coexistencia fronteriza desarrollada con los *huincas*. Para los hispano-criollos, suficientemente atareados por los peligros que englobaba una posible invasión británica de ultramar, la reunión con sus vecinos del sur también era urgente, toda vez que allí se podría presionar a los *lavquenchés* (costinos) para que no dieran auxilios a los ingleses si estos desembarcaban en sus playas. Como nunca en la historia del reino, la atención de los gobernantes de Chile se dividía entre los británicos y el enemigo 'infiel', que unidos amenazaban con dejar su marca de fuego en la historia regional.

En la frontera, la política era un hecho personalizado que unía a sujetos reales y concretos en una trama de vínculos y lealtades que, en su materialización social, hacían posible la gobernabilidad; más que principios o doctrinas, las directrices del quehacer cotidiano eran los intereses más inmediatos. Por sobre todo, el poder siempre era compartido porque, ¿de qué servía negociar si no había una voluntad real de ceder en los puntos más preciados? El principio que regía los intercambios era la transparencia y que todos los hombres demostraran sus aspiraciones a vivir en paz. En ese contexto, cada gesto y acto debía confirmar la genuina decisión de dejar atrás el conflicto. Así, el símbolo más elocuente del deseo de arrojar las armas era cuando los hombres deponían sus conflictos personales en beneficio del interés general de la comunidad. La continua transposición entre lo particular y lo general constituía en el mundo de la política mapuche uno de sus pilares más tradicionales, otorgando al proceso político una fluidez que chocaba con la rigidez e inflexibilidad demostrada por los funcionarios imperiales. La distancia que mediaba entre ambos universos era definida por un hecho esencial: los sujetos tribales participaban de la política en su condición de sujetos soberanos, mientras que los funcionarios lo hacían como subordinados a una jerarquía. El punto de encuentro de ambas modalidades de hacer política era el parlamento.

El *butacoyan* permitía superar la contingencia y facilitaba el desarrollo de acuerdos universales. Sacando ventaja de esta tradición no escrita, Higgins propuso que se postergara el parlamento "hasta que primero compongan las actuales deferencias que entre sí tienen muy agitados el sosiego interior del País, y que en atención de haberse valido de mi mediación para restaurarla, procuraría tranquilizar en el curso de este Verano todos sus alborotos..." Asimismo, proponía que se realizaran reuniones con cada *butalmapu* durante las cuales podrían vocear sus quejas y peticiones, suspendiendo en el intermedio

“las malocas ya comenzadas entre los Butalmapus de la Costa y Llanos”. Desde la perspectiva del orden y la paz social, los conflictos internos eran contraproducentes a los intereses hispanos, más todavía cuando España se hallaba en guerra con Inglaterra y Chile se aprontaba para sufrir un gran malón ultracordillerano. El temor siempre presente de un desembarco británico en la costa de la Araucanía adquiriría mayor consistencia cuando se reconocía que los *weichafes* de uno u otro bando en guerra podían acudir a los navegantes para que los auxiliaran en sus conflictos¹⁹. Indudablemente, la inyección de armas, provisiones y prestigio –siempre bienes escasos al sur del Biobío– podía alterar la balanza de poder regional en beneficio de unos linajes y en desmedro de otros. Sin dejar de considerar este aspecto, Higgins argumentaba que se debían hacer todos los esfuerzos posibles para proteger “a los caciques fieles al Rey que tanto se ha esmerado durante la presente guerra (no de la costa de Arauco) en el servicio de S.M., recomendando a sus contrarios los Indios Maqueguas, Repocura y otras reducciones de Llanos, que se abstengan en toda especie de hostilidades...”²⁰

La posición especial que aceptaron los jefes mapuches de la Araucanía como vasallos privilegiados del monarca durante el parlamento de Tapihue de 1774, legitimó este tipo de interferencia de los europeos en los asuntos tribales²¹. Materialmente, esta intervención tenía como trasfondo el sistema de convivencia pacífica, con sus instancias de intercambio, comercio y dependencia, que había echado profundas raíces en la frontera del Biobío, y se expresaba a través de la infraestructura institucional que unía a ambas sociedades²². Capitanes de amigos, comisarios de naciones y conchavadores eran los nuevos tipos humanos que, junto con misioneros, comandantes y hacendados, construían nuevas formas de contacto con los *ulmenes*, *capitanes* y *conas*, proporcionando vías informales que reforzaban los mecanismos de control político que surgían de la acción oficial. En 1780, esa era una realidad hábilmente usada por los líderes –*caciques* y *lonkos*, intendentes y

¹⁹ Leonardo León, “Los araucanos y la amenaza de ultramar, 1750-1807”, *Revista de Indias* 201 (Madrid, 1994), pp. 313-354; *Indios, piratas y corsarios en las costas de Patagonia y Araucanía, 1557-1830* (Manuscrito Inédito, Informe Proyecto FONDECYT 1960789, año 1998).

²⁰ Higgins a Benavides, Concepción, 24 de octubre de 1781... *Op. cit.*, f. 50v.

²¹ Leonardo León, *El parlamento de Tapihue* (Ediciones Nutram, Santiago, 1993), *passim*.

²² Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993); Luz María Méndez, “Trabajo indígena en la frontera araucana de Chile”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 24 (Köln 1987).

comandantes— para hacer confluír las voluntades de los demás en la consecución de sus proyectos. No obstante, debe subrayarse que esta situación no afectaba por igual a todas las tribus ni a todos los hombres.

Las relaciones interétnicas se desarrollaron en diversos tiempos y espacios, con diferentes intereses y motivaciones, siguiendo un patrón irregular que dejó por saldo un sistema de contactos desiguales en el que había diferencias de grado, magnitud e intensidad, razón por la cual se debía operar siguiendo varios códigos alternativos. Los cacicatos de Maquegua, Repocura y Cholchol, por ejemplo, fueron los principales artífices de la derrota de Ayllapangui en 1776 y se transformaron, junto con Angol, en los más sólidos promotores de la coexistencia fronteriza; para ellos, lo más vital era que se arraigara en el Biobío el dominio de los *caciques gobernadores*, que se consolidara el tráfico de bienes y manufacturas provenientes de Concepción y que desapareciera, de una vez, el peligro de una guerra con los hispano-criollos de Chile. De esa manera, sus mocetones podían proseguir con sus malocas en las fronteras de Buenos Aires y Cuyo. Cualquier alteración que se introdujera al cuadro político vigente en Concepción debilitaba directamente las posiciones de los llanistas y atentaba contra sus intereses de larga duración. En el caso opuesto se encontraban los pehuenches ultracordilleranos liderados por Ancan, para quienes el deterioro de la paz en Penco les libraba del acoso huilliche-llanista que les asediaba desde el Mamuelmapu.

A comienzos de la década de 1780, la frontera del Biobío era un escenario con muchos personajes y varios guiones simultáneos. Los *lavquenches*, que controlaban la costa de la Araucanía y por cuyas tierras pasaban los caminos que comunicaban a Concepción con Valdivia, se dedicaban con diligencia a cultivar el comercio de ponchos y mantas a través de la guarnición de Arauco, al mismo tiempo que permitían la entrada de colonos y misioneros a sus tierras; los *huilliches* de Valdivia y Osorno, en cambio, rara vez aparecían en las fronteras, rehuendo el contacto con los europeos. *Cuncos* y *pozas*, de otra parte, eran más bien referencias mitológicas de las grandes agrupaciones tribales que se asentaban en Chiloé continental y Nahuelhuapi, sin que se tuviera noticia cierta de sus formas de vida. *Naupaches*, *nintaches*, *aucas* y *pichi-puelches*, eran otros tantos grupos de los que no se tenía más noticia que el antojadizo etnónimo recogido en alguna declaración de cautivo o en el mensaje de un *werken*. Lo apasionante es que cada uno de estos grupos interactuaba con los demás y dejaba su impronta en la configuración de las relaciones que la sociedad tribal, en su conjunto, establecía con los europeos. Sin importar la distancia en que se ubicaban sus toderías y asentamientos, cada tribu participaba en el peligroso juego de poder que tenía lugar en las fronteras septentrionales.

Mientras se planeaba la reacción más adecuada al ingreso de Ancan a la frontera, el maestro de campo optó por reforzar la alianza que existía con las tribus de Araucanía y prepararse, de ese modo para una eventual guerra con los naturales de las pampas. Para ello solicitó autorización a Santiago para llevar a cabo un parlamento, a lo que el gobernador accedió, remitiendo recursos extraordinarios. “Estoy persuadido”, observó Benavides, “de que el principal objeto en esta campaña debe ser conciliar el sosiego de los indios confinantes, radicándolos en la paz y buena correspondencia...”²³ Teniendo presente la guerra que libraba Madrid contra los británicos, Benavides ordenó que se hiciera especial dispensa de agasajos y dádivas “a los caciques y principales caudillos intermedios desde Arauco hasta Toltén”, para asegurar su lealtad al monarca.

La celebración de un parlamento requería de una cuidadosa preparación, por la inmensa cantidad de recursos y personas que debían ser trasladados al sitio de la reunión y por el contenido simbólico que adquirirían en esa instancia las acciones políticas. La atmósfera que se respiraba en la frontera en los días que antecedían a la reunión era tensa, porque una vez que se ponían en movimiento los diversos actores y mecanismos que hacían posible la regeneración del consenso, cundía la incertidumbre. La posibilidad de una ruptura, que siempre se cernía sobre el futuro, se apoderaba en esos momentos del ánimo de los hombres. Como nunca, se intensificaba el envío de mensajeros y *werkenes* que recorrían la tierra llevando en sus pechos el mensaje cifrado de *lonkos* y comandantes. En 1781, se mencionara o no su nombre, todos sabían que las rápidas diligencias llevadas a cabo obedecían al temor que causaba la marcha de Ancan.

La parla con los llanistas (*lelvunches*) de Angol, Colgue, Minas Chacaico, Llamuco, Maquegua, Tuftuf, Quechereguas y peguenches de las cordilleras situadas al sur del Biobío tuvo lugar en la villa de Los Angeles entre los días 25 y 27 de noviembre²⁴. La presidencia fue asumida por Higgins, quien se presentó acompañado de los comandantes José María Prieto y Domingo Tirapegui, del fraile Matias Usivi, del intérprete Juan Rey y de los capitanes de amigos Juan Antonio Martínez, José Antonio de la Concha, Javier Poblete e Isidro Vidal. Siguiendo el estricto protocolo que rodeaba a estas reuniones, después de señalar “los asientos de los caciques Gobernadores ordenados por

²³ Benavides a Higgins, 24 noviembre 1781, AN., *Capitanía General*, vol. 774, Carta 178, fjs.130-130v .

²⁴ *Acta de la Junta de Los Angeles*, 28 de noviembre de 1781, AN. FMV., vol. 7, f. 18.

su antigüedad y prehegemonía según los ritos de los indios”, el maestre de campo tomó la palabra para comunicar a los jefes mapuches los saludos que les remitía el Presidente de que “se viese de su parte a todos los caciques fieles vasallos del Rey y a sus gentes de las respectivas comarcas, especialmente los que se han expresado amantes del societo de estos países, (para) contener las correrías de los malévolos, castigando a estos como se merece...”²⁵ Respecto de la postergación del Parlamento General, Higgins representó las excusas del gobernador, agregando que a la gravedad de los eventos que le retenían en Santiago se sumaba la total escasez de “cuasi todos los renglones de agasajos, especialmente los de ropa, sombreros y otros que vienen de remotos países, notando también la escasez del vino”, lo que impediría regalarlos con la abundancia y generosidad según lo establecido por la tradición. Concluidas las excusas y justificaciones, Higgins entró de lleno a lo que consideraba la médula de la reunión:

“Manifestó el maestre de campo su particular agradecimiento a sus amigos los caciques fronterizos Mariluan de Bureu, Millacoy de Colgue, a los gobernadores Curiñancu, Traipilabquen, Catrirupay, Curiguillin, Llanquinaguel y otros que con honrrado fiel empeño se habían portado mirando por el mejor servicio del Rey durante su ausencia de esta frontera, estrañando a otros los movimientos que se notaba especialmente en las reducciones ulteriores situadas a espaldas de estas los de Arauco, Maquegua, Imperial Alto, Boroa y Cholchol y, más que en ninguna parte, en el país de Repocura por la conducta revoltosa del cacique embajador Chicaguala, afeando como correspondía su osado atrevimiento de este que se dirijía a sublevar sus gentes a imitación de los reveldes del Perú ofendiendo por tan infame procedimiento a la superioridad y respeto de la Capitanía General...”²⁶

De acuerdo con la exposición hecha por Higgins, el país *lelvunche* estaba dividido. Los *rehues* septentrionales afianzaban su alianza con los hispano-criollos, mientras que las agrupaciones meridionales reconstituían la federación con los *lavquenches* para contrarrestar el creciente poder de Curiñamcu, Traipilabquen y Catrirupay. En medio de todos, Chicaguala agitaba las banderas de la rebelión, pretendiendo seguir los pasos de Tupac Amaru. Este cacique, quien en el pasado se había desempeñado como embajador en la capital y se había casado con la hija de un cacique picunche, representaba un movimiento de nuevo tinte que no coincidía con el desenvolvimiento político mapuche. De acuerdo con el texto del acta de la reunión, Higgins describió el

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ *Ibíd.*, f. 19v.

castigo que sufrió el líder peruano lo que dejó “en los semblantes de todos los circunstantes una impresión muy visible”. No obstante, la atención del maestre de campo se dirigió más bien a resolver los problemas regionales. Como se observara en el documento, Higgins pasó inmediatamente a “tratar de las diferencias de los butalmapus de la costa de Arauco con los indios de Llanos, actualmente en guerra unos con otros”, alegando que los cabecillas de ambas fracciones le habían solicitado su intervención. En atención a esta demanda, los combatientes debían proceder “desde ahora la restitución pronta de mugeres infelices, de niños, de indiecitas y ganados en pie arrebatados en sus malocas de una y otra parte, insinuando que después se comprenderían las demás pretensiones”²⁷. Otro punto que interesó a Higgins fue la explotación de la madera en los altos del río Biobío, –Callaqui, Rucalhue y Caramavida para cuya tala solicitaba la autorización de “los cuatro butalmapus que forman los estados ó gobiernos de los indios de Chile actualmente presentes...” Sobre este punto, Higgins denunció las obstrucciones que habían puesto a dicha empresa “los peguenches Ancan, Manquelevi y otros”. La insensibilidad de los caciques y su rechazo a prestar un servicio al rey, le obligaba a “entrar dos o tres mil hombres de las milicias, que sabían tenía muy a mano, para sostener el corte y saca de maderas de donde estuviesen cubierto contra todo insulto esta empresa...”²⁸ Higgins concluyó su discurso solicitando a los caciques que expulsaran a “los españoles y mestizos malévolos refugiados en sus tierras, contrabandistas y facinerosos, que huyendo de la justicia se amparan de los caciques engañando y haciéndoles hacer especies nocivas contrarias a la verdad y a las buenas reglas de gobierno, destruyendo por su maligno influjo los pocos sentimientos de honradez y cristiandad que há quedado entre los indios confinantes a estas fronteras...” Como puede observarse, el discurso de Higgins fue un glosario resumido de los principales factores de tensión que alteraban la paz fronteriza. Allí se mezclaron sus propósitos políticos de fortalecer la alianza con los caciques gobernadores llanitas, aislar al rebelde Chicagula y reducir su posible influjo en el resto de los *butalmapus*; interesado en que se produjera la esperada revitalización de la economía regional y se concretizara la apertura de las montañas para la explotación de la madera, procedió a conseguir el apoyo unánime de todos los naturales para esa empresa.

Para que la paz fuese verdadera y sólida debía estar basada en el consenso más universal, contando con el respaldo del liderazgo tribal. La parla, que no

²⁷ *Ibíd.*, f. 20.

²⁸ *Ibíd.*

era más que un sondeo preliminar de opiniones, servía justamente para registrar las diferencias y evitar que ellas surgieran en el Parlamento General. Así, etapa por etapa, se construía el consenso, unificando las opiniones en torno a ciertos alineamientos centrales. Lo más crucial de todo era la actitud que asumían los jefes tribales.

“Y dieron los caciques sus respuestas a los puntos que se espresa empezando con las más rendidas gracias al Señor Capitan general por sus expresiones de amparo y demás que acaban de oír con la mayor satisfacción, diciendo que con la misma equidad y humildeza (sic) con que había su Señoría gobernado a otros muchos pueblos antes de su ingreso al mando de Chile, esperaban lograr de igual protección con la posesión de sus tierras en paz y sosiego, protestando por su parte no faltarle en cosa alguna, que le serán obedientes y fieles al Rey en todo lo que gustare mandar a los Butalmapus y que sus gentes de Guerra los hallaría siempre prontos a unirse a los españoles y marchar contra los enemigos estrangeros o **Huinca Moros** que se atreviesen desembarcarse en cualquiera parte de estos territorios, pues esto mismo se lo afrecieron varias veces a su Maestre de Campo General y de que es testigo, decían, el Comisario de naciones que está presente, asegurando se mandendrán en esta resolución hasta morir”²⁹.

El firme ofrecimiento hecho por los llanistas para repeler a los ingleses era un nuevo eslabón en la sólida cadena que comenzaba a unir el futuro de *huincas* y mapuches en la Araucanía. Como lo demostraron los hechos posteriores, las palabras de Curiñamcu, Taipilabquen, Catrirupay, Mariluan y Curiguillin no fueron pronunciadas en vano. A pesar de los riesgos y compromisos que asumían, la jefatura mapuche continuaba comprometiéndose con el *tiempo de paz* y abogaba por la intensificación de su alianza con los europeos. Incluso la postergación del parlamento general y la ausencia del gobernador fueron justificadas por los *lonkos*, “deseando que Dios le dé robusta salud para el viaje a estas fronteras, a donde luego que sepan de su arribo saldrían hasta los ancianos, las mugeres y niños a celebrar su visita, a rendirse a sus pies, venerándolo como a su Capitán General enviado por el Rey nuestro Señor a gobernar estas tierras”³⁰. En cuanto a la tala de madera, los jefes mapuches respondieron que no faltarían en ese punto, “diciendo que los Butalmapus no tenían la culpa, que se hiciese este cargo a las reducciones inmediatas”. Interesados en mantener su palabra, los caciques reafirmaron su voluntad de hacer accesibles los bosques, si bien ofrecieron que su propia

²⁹ *Ibíd.*, f. 21 v.

³⁰ *Ibíd.*

gente realizara la tala “sin que sea necesario la entrada de tropa española...”³¹ La supuesta conexión entre el movimiento tupacamarista y los mapuches del sur fue rotundamente rechazada por el liderazgo llanista.

“Por lo que respecta la mala conducta del cacique de Repocura Chicaguala, dijeron que jamás habían hecho caso de su modo de hablar de este sujeto pues entre ellos ninguno hay que tenga correspondencia con los rebeldes del Perú, que solo por los mismos españoles suelen tener noticias de aquellos alborotos. Que luego que vuelvan los caciques a sus tierras harían una junta con la concurrencia del cacique Curíñancu, de cuyo Butalmapu pende Chicaguala, advirtiéndole en ella a éste y todas sus gentes que si en adelante se atreve a proferir una palabra ofensiva a la causa del Rey, tratándolo de rebelión o alzamiento, sería entregado por ellos mismos al Maestro de campo con la disposición para su castigo que corresponde y que esto mismo se le intimaron desde el primer día que recibieron los recados de este jefe a este efecto...”

Respecto de las guerras internas, el mal crónico que afectaba por décadas al sistema de convivencia tribal, los jefes llanistas aceptaron la mediación que ofreció Higgins: “Y en cuanto a las diferencias interiores de los dos Butalmapus dijeron que harían efectiva la proposición de suspender las armas, restituyendo las mugeres cautivas y sus haciendas arrebatadas unos a los otros, refiriendo a otra junta en su país la conclusión de estos asuntos”. Finalmente, haciendo eco de la petición formulada por Higgins de expulsar de sus tierras a los tráfugas y vagabundos que se refugiaban al abrigo de los *rehues*, el liderazgo mapuche prometió “entregar a los comandantes de los fuertes avanzados los españoles malevolos refugiados en sus reducciones con la condicion que no fuesen castigados con pena capital...” Reafirmando su compromiso total con el tiempo de paz, los caciques *lelvunches* puntualizaron en la parte final de sus discurso que “no solo entregarían estos, continuarían en la resolución de perseguir los indios ladrones que hiciesen perjuicio a los españoles fronterizos entregándoles para ser desterrados a los presidios del Reyno”³².

El saldo de la junta de Los Angeles fue totalmente favorable a las expectativas de Higgins. Los llanistas, que constituían el grueso del contingente mapuche asentado en la Araucanía, se inclinaba como en los tiempos de Ayllapangui, por el camino de las relaciones de coexistencia con los *huincas*. Para ellos, que desde mediados del siglo XVIII disfrutaban de las jugosas ganancias que les dejaban sus expediciones maloqueras en las pampas, no

³¹ *Ibíd.*, f. 22.

³² *Ibíd.*

tenía mayor sentido interrumpir el *tiempo de paz* cuando ni sus tierras, ni sus haciendas estaban en peligro. En Concepción, los llanistas podían darse el lujo de ser conchavadores, políticos y diplomáticos y proclamar públicamente su lealtad al monarca, a pesar de que en las pampas el griterío de sus hombres era sinónimo de destrucción y caos. Ese era el fruto de las complejas relaciones que condicionaban el contacto entre el mundo tribal y el mundo colonial. El *tiempo de guerra* y el *tiempo de paz* coexistían solamente separados por la distancia. El goce del botín a través de las fiestas y borracheras solemnes era comparable a la alegría colectiva que acompañaba a la celebración de la paz. Concluyó esta asamblea, escribió el maestro de campo, “a gusto de todos, pidiendo los caciques se mandase disparar algunos cañonazos en celebridad del nombre de su Magestad que Dios guarde y fueron seguidos repetidamente de *Viva el Rey* con alaridos acompañados de clarines que hacían razonar completamente la satisfacción mutua de la numerosa indiana y españoles concurrentes”³³.

A pesar de que aún no llegaba a Santiago ninguna carta comunicando el resultado de la reunión, el gobernador se adelantó en manifestar sus más calurosas felicitaciones a Higgins. El 12 de diciembre le escribió expresándole su “complacencia (por) los medios que dispone para concordar con estos infieles el importante sosiego de la tierra”³⁴. El parlamento celebrado por Higgins en representación del gobernador logró tranquilizar los ánimos, eliminar definitivamente la amenaza de una revuelta encabezada por Chicaguala y cortar los posibles vínculos que pudieran surgir con potenciales invasores de ultramar. Globalmente, su principal logro consistió en afianzar la voluntad de negociar de los principales jefes mapuches, especialmente de Curiñamcu, Taipilabquen y Neculbud. En esas circunstancias, habiendo asegurado su frente meridional, los españoles podía enfrentar en mejores condiciones la marcha de Ancan.

El parlamento de Ancan: Los Angeles, 1781

El desplazamiento de la aguerrida y pintoresca columna liderada por Ancan hacia la frontera del Biobío obedeció más a un afán político que a un deseo de capturar botín. Sorpresivamente, los afamados pehuenches de Malalhue se

³³ *Ibíd.*, f. 23v.

³⁴ *Benavides a Higgins*, 12 de diciembre de 1781, *AN. CG.*, vol. 774, f. 131v.

unían al proceso de paz iniciado por los llanistas en Chile durante la década previa, dispuestos a participar de los beneficios que producía la convivencia con los criollos. Si la guerra proporcionaba animales, mujeres y prestigio, el comercio también abría las puertas al ingreso de manufacturas, riquezas y poder. La diferencia entre ambos mecanismos de acumulación era que la guerra exigía rendir la vida mientras que el comercio solamente demandaba trabajo y disciplina. Sorpresivamente, contradiciendo todos los arquetipos forjados en torno a sus modos de vida, los nómades cordilleranos siguieron el segundo camino.

“Acordaron los caciques de las parcialidades de Ancan que poseen los países de Barbarco, Cogueles, de Daguegue y de Malalhue, situados por la parte oriental de las provincias de Chillán y de Maule enviarles sus mensajes solicitando la paz, y pidieron, para alcanzarla, su permiso con salvo conducto para el cacique Ancan encargado de tratar su consecución con el Maestre de campo como Gobernador General de las armas de las fronteras...”³⁵

El antecedente más inmediato de la dramática decisión adoptada por Ancan de viajar a Chile fue la conferencia que sostuvo con el comisario Pedro José Núñez de Guzmán, cuando este llegó a sus tolderías de Pichileubu a comienzos de 1779, con el objeto de rescatar 600 animales robados de su hacienda³⁶. Después de ayudar a Núñez de Guzmán a completar su camino facilitándole cabalgaduras, Ancan respondió a la solicitud de restitución de las haciendas manifestando que ni el ni sus caciques “sabían nada de dicho robo y todos unidos que también ignoraban quienes fuesen los ladrones, echando la culpa a los guilliches sus enemigos, diciendo que esos podían ser”³⁷. Indudablemente, la súbita aparición de los españoles Pichileubu, al otro lado de los Andes, demostraba que el aura de misterio que había rodeado a los secretos asentamientos pehuenches ultracordilleranos comenzaba a disiparse. ¿Quién podía afirmar que detrás de Núñez de Guzmán no podrían cruzar las sierras sujetos de peor catadura y calaña, con el propósito de saquear los campamentos de los pastores mendocinos? El propio virrey de Buenos Aires, Juan José Vértiz, después de recibir una copia del diario de Núñez de Guzmán desde Chile, ordenó al comandante de armas de Mendoza que se mantuviera vigilante “por si se recortasen a esas partes los designios de los Yndios Peguenches

³⁵ Conferencia con el jefe pehuenche Ancan, 28 de diciembre de 1781, AN. FMV., vol. 7, f. 26v.

³⁶ L. León, *El surgimiento de los Señores de la Guerra...Op. cit.*

³⁷ Declaración de Pedro José Núñez de Guzmán, Santiago, 29 de marzo de 1779, AN. FMV, Vol. 24, pieza 16, f. 224

de invadir estas fronteras en la próxima Primavera...”³⁸ Ancan y sus caciques veían como paulatinamente los hispano-criollos penetraban sus tierras mientras que por el sur aumentaba el acoso maloquero huilliche, amenazando ambas fuerzas con destruir sus riquezas ganaderas y terminar con el monopolio que ejercían sobre los boquetes cordilleranos y las salinas pampeanas. A principios de la década de 1780, la historia se dejaba caer con todo su peso y dramatismo sobre los hasta allí indisputados señores de la montaña y el piedemonte oriental.

El contingente que se dirigió a parlamentar a Penco estaba formado por más de 400 pehuenches, aucas y puelches; su paso hacia Chile se registró por el paso cordillerano de Antuco, siguiendo el valle del río Tubunleu, donde fueron recibidos por una partida de caballería “uniformados, bien montados, acompañados de las compañías sueltas de cazadores de la Laxa armados de lanzas y coletos, todos destinados para escoltar a estos forasteros...” El desplazamiento de la columna por los yermos campos de cenizas y escorias, bordeando las lagunas esmeraldas que reflejaban en sus quietas aguas la imagen tutelar de nevados volcanes andinos, ofrecía un cuadro dramático que no dejó de impactar a los penquistas y lajeños, cuya población no subía de más de 6.000 personas. A fines de diciembre hicieron finalmente su entrada a Los Angeles. “Después de la primera salutación presentó Ancan los mensajeros de los peguenches y Aucaes, indios corpulentos, y de estatura extraordinaria, expresando que eran estos de las tierras de donde salió el sol, habitantes de la parte oriental de las cordilleras...” El mensaje de Ancan y sus hombres era simple: “que vienen de parte de sus caciques a solicitar la protección del Señor Capitán General de Chile, y a tratar con su Maestre de Campo las paces deseosas de lograr su amistad”³⁹. Así quedó demostrado en el discurso que pronunció Ancan durante la primera reunión realizada el día 29 de diciembre. De acuerdo al acta, Ancan solicitó que

fuesen vidos en Junta pública la satisfacción y descargo que tenía que dar a los españoles, que siendo queriendo disculparse de varias correrías, y expediciones de guerras que dijo se le imputaban a los peguenches de su mando y para también vindicar su separación de los Butalmapus de Chile, retirándose desde años há con sus reducciones detrás de estas cordilleras; se le advirtió cuanto tenía que alegar, fué largo su discurso como el de la lealtad de sus antepasados a los jefes que mandaban por su magestad a este Reyno, que su tío el cacique

³⁸ Juan José Vértiz a Joseph F. de Amigorena, B. Aires, 10 de agosto de 1779, AN. FMV., vol. 24, pieza 16, f. 226.

³⁹ Conferencia con el jefe pehuenche Ancan, 28 de diciembre de 1781, AN. FMV., vol. 7, f. 26v. f. 27.

Peñaypil, y su padre Epiñancu, con sus peguenches, habían acompañado a los españoles del mando del Excelentísimo Señor Presidente Don Gabriel Cano de Aponte para la saca desde entre las lanzas de los indios de Llanos de la plaza de Purén. Tocó sobre iguales auxilios hechos en ocasiones anteriores a otros Presidentes y, ultimamente, el que los mismos incorporados con los peguenches de Leviant condujeron para reforzar el partido del Maestre de campo don Salvador Cabrito sitiado en Angol por el cacique gobernador de Llanos don Agustín Curiñancu en mil setecientos sesenta y seis, cuando este sublevó la tierra oponiéndose a el establecimiento en ella de pueblo; relacionó la conducta fiel de su nación en aquel aprieto a favor de los españoles y castigo que hicieron en los indios de Llanos, quejándose de la correspondencia que tuvieron después estos servicios, pues fueron expulsados luego de sus tierras que poseían en las faldas de las cordilleras al lado de Chile, contiguo a esta frontera, los peguenches por complacer a los indios de Llanos. Asentado Ancan la precisión de trasmontarse y buscar la vida por la otra parte como principal motivo y sus resultas como efecto natural, diciendo que no tenían en esta situación otro modo de mantenerse sino es con puras diligencias de guerra, pero aseguró que no lo hacía nunca a los españoles sino a los Guilliches, y otros indios de cordilleras sus enemigos, alegando como estos habían sido siempre los que hacen de continuo viajes de guerra y correrías sobre las provincias del Gobierno de Buenos Ayres...”

En su alocución, Ancan se situó en el plano de la historia de la tribu, como una forma de probar que la lealtad de los pehuenches hacia la monarquía había sido un hecho irrefutable en por lo menos dos ámbitos: el auxilio que prestaron a las autoridades de Chile durante las diversas crisis que afectaron a la región en las décadas previas, y en la continua guerra que sostenían contra los huilliches. Al plantearse en esos términos, Ancan demostraba la buena fe con que habían procedido sus antepasados, su apego a los tratados y su voluntad de coexistir pacíficamente con los *huincas*. Trazando una línea que distanciaba a su gente de las hordas maloqueras, Ancan establecía una nueva frontera: la que tenían los propios pehuenches con la barbarie. ¿Era este solo un recurso retórico? Para corroborar su buena fe, Ancan presentó al maestre de campo un niño español cautivo, “que sus gentes habían quitado, según parece, a los Guilliches de Gueyeltue; lo mismo hizo el cacique Puelche Calbullanca, presentándole un muchacho mulato de nacimiento Guilliche, expresando ambos le habían traído estas prendas sin rescate ninguno, como oblación de su afecto, deseosos de lograr su amistad...”⁴⁰

⁴⁰ *Ibíd.*, f. 28. Sobre estos cautivos redimidos, el propio maestre de campo observó más tarde: “Tengo en mi poder un muchacho español de edad de cinco para seis años, muy blanco

Higgins no vaciló en apreciar el importante mensaje que contenía el discurso de Ancan, reconociendo públicamente el “mérito distinguido contraído en todos los tiempos por la nación Peguenche”. No obstante, a renglón seguido, lamentó que esa historia de lealtad hubiese sido “obscurecido por el hecho abominable de haberse sublevado uniéndose a los enemigos de Su Magestad en el alzamiento general del año pasado de 1769”. Asimismo, expresó su pesar de que los pehuenches no hubiesen salido a parlamentar antes, “asistiendo como hicieron los demás caciques a los parlamentos generales en que se usan los tratados de paces concedidas por su efecto de la misma piedad del Rey a los indios de todos estos países...”⁴¹ De haber seguido ese camino, observó Higgins, los pehuenches habrían salido del falso concepto que tenían de los españoles y se habrían evitado tener que vivir aislados de sus amigos y expuestos a la penuria del hambre y la guerra a que los condenaba su vida solitaria; el hombre que vivía acosado por la violencia, aseveraba el estadista irlandés, perdía gran parte de su humanidad,

“empleado en malocas, escondido con sus miserables gentes en las selvas y montes oscuros donde habitaban, viviendo como los leones y los tigres, manteniéndose como estos de la rapiña y descuido de los españoles honrados de las campañas situadas a ambos lados de las cordilleras, los que si no se han unido haciendo como correspondía causa común, procediendo a su castigo y total exterminio de los leones de cordillera en entradas vigorosas desde todas las provincias del Reyno, había sido por la suma caridad que tiene el Rey siempre a los naturales de indios, receloso de que padezcan los inocentes antes culpado en semejantes expediciones, y antes que se hubiese verificado alguna entrada general que desde Chile sería indispensable hacer sobre ellos no mudándose de costumbres...”

Luego agregaba que

y pelo rubio, que me ha traído dicho cacique Ancan, quien dice a más de un año lo quitaron sus gentes a los huilliches en un saqueo, que ellos llaman maloca, de una toldería con porción de cautivas españolas y indiecitos y, según comprendo, será este niño hijo de alguna familia española de las estancias de Buenos Ayres. Me presentó así mismo el cacique puelche Calbullanca un mulato guilliche de nacimiento con la expresión de que ambas prendas ofrecían sin rescate ninguno; y dicen que harán toda la diligencia posible para buscar el paradero de las cautivas que acaban de traer los indios del Mamilmapu robados de la ribera del Río Cuarto, y Provincia de Córdoba, para cuyo efecto les he prometido serían remunerados con toda la generosidad correspondiente.- Hay una rúbrica.” *Higgins al gobernador Benavides*, 9 de enero de 1782, *AN. FMV.*, vol. 7, f. 15.

⁴¹ *Conferencia con el jefe pehuenche Ancan*, 28 de diciembre de 1781, *AN. FMV.*, vol. 7, f. 28.

“se alegraba el Maestre de Campo infinito hubiese salido el cacique Ancan entablando la paz que solicita cuanto antes, pues escapa por este medio del escarmiento que se preparaba y es preciso hacer en los malévolos que habitan los parages interiores de estas montañas...”⁴²

Utilizando el doble lenguaje de la amenaza y el compromiso, Higgins hizo buena gala de las sutilezas que adquiriría la diplomacia fronteriza durante los días de crisis. Siempre inmersos en las ambigüedades que rodeaban a cada uno de los protagonistas en un mundo donde la ausencia de un poder central obligaba constantemente a negociar, los hombres disfrazaban sus intenciones políticas con el ropaje más persuasivo que brindaba la violencia. Los pehuenches eran un enemigo de consideración, feroz y brutal, pero al mismo tiempo, eran vistos por Higgins y sus colaboradores como los hombres más propicios para su proyecto de consolidación del pacto colonial iniciado por sus antecesores. Por sobre todo, lo que más importaba era que el propio Ancan y los demás jefes habían optado, fehacientemente y sin que mediaran amenazas ni masacres, por el camino de la coexistencia. Sin duda, entre los intersticios que dejaban las palabras, subyacía una realidad que no dejaba de gravitar en los ánimos de los hombres que se sentaron a negociar en Los Angeles. Nos referimos a la intensificación del malón *huilliche*, que desde Mamuelmapu, Neuquén y Río Negro, ponía en jaque a las tolderías septentrionales y a las fronteras virreinales. Es cierto que existían diferencias entre españoles y pehuenches –tales como las correrías impunes de unos y los crímenes alevosos de otros–, pero las contradicciones se transformaban en complementariedad cuando se trataba de combatir a los salteadores, marginales y bandidos. Por esa razón, Ancan acudió a Chile persuadido de que el reconocimiento de las autoridades llevaría consigo la reformulación de la alianza que había prevalecido entre la tribu y los penquistas desde tiempos inmemoriales; lo más cierto era que su revitalización permitiría materializar el proyecto de una gran expedición conjunta contra los huilliches⁴³.

⁴² *Ibíd.* f. 29.

⁴³ El tema de las guerras tribales en Araucanía y las pampas ha sido revisado por diversos autores; véase Leonardo León, “La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806”, *Nueva Historia* 5 (Londres, 1982), pp. 31-67; “Guerras tribales y estructura social en la Araucanía, 1760-1780”, *Revista de Ciencias Sociales* 39 (Valparaíso, 1994), pp. 91-110; “Guerra social y lucha faccional en la Araucanía, 1764-1777”, *Proposiciones* 24, (Santiago, 1994), pp. 190-200.; “Conflictos de poder y guerras tribales en Araucanía y las Pampas: La batalla de Thromen (1774)”, *Revista Historia* 29 (Santiago, 1995), pp. 185-233; “Las guerras pehuenche huilliche en Araucanía y las Pampas, 1760-1765”, *Revista Historia*, Vol. 31, (1998), pp. 113-145; *Orígenes de las*

Las divisiones que existían entre las diversas tribus facilitaban, desde una perspectiva, la acción política de las autoridades coloniales. En el afán siempre incesante de pacificar los ánimos y atraer a los hombres de la violencia a la mesa de las negociaciones, la vilificación de los terceros se transformaba en un instrumento diplomático de primera importancia. De lo que se trataba era de sumar fuerzas y de aislar a los enemigos. Tomando razón de las denuncias hechas por Ancan, el maestro de campo respondió a sus requerimientos señalando que las autoridades bajo su mando quedaban ‘persuadidas’ de que “los principales agresores autores de muertes alevosas de españoles y de los robos de ganados serían los guilliches...” Asimismo, alegaba que los malones no podían ser descritos como ‘guerras’, “sino un procedimiento de hechos tan crueles como facinerosos que no tienen nombre ni práctica sino entre naciones muy bárbaras, ni menos exemplar su tolerancia en país ninguno del mundo...”⁴⁴

La elaboración ideológica de parias era un proceso relativamente fácil, pues en la frontera siempre existían sujetos situados más allá de los territorios compartidos a los cuales se podía atribuir total responsabilidad por los desmanes que sacudían a las villas y rehues. De todos modos, el protagonismo que se atribuía a los huilliches no era del todo infundado, como lo demostraban las crecientes incursiones que realizaban sus mocetones contra las estancias bonaerenses. En poco más de 30 años, los *weichafes* provenientes de Mamuelmapu y Río Negro se habían constituido en el principal azote de las fronteras virreinales⁴⁵. La vida del maloquero era, por sobre todo, incierta.

guerras pehuenche-huilliche en Araucanía y las pampas, 1700-1760 (Manuscrito en prensa, 2.000); Ximena Obregón, *Guerra y paz entre los mapuches o araucanos: guerras inter-étnicas y guerras intra-étnicas a mediados del siglo XVII (1640-1655)*, Manuscrito Inédito facilitado por la autora (Paris, 1989); Juan F. Jiménez, *Guerras intertribales, guerras coloniales y conservación del poder entre los pehuenches de Malargue: la jefatura de AncánAmun (1779-1787)*, (Manuscrito Inédito, 1997); Eugenio Alcamán, *Los mapuche-huilliche del futahuillimapu septentrional...Op. cit.*; sobre la alianza hispano-pehuenche, véase el interesante trabajo de Holdenis Casanova, “La alianza hispano-pehuenche y sus repercusiones en el macro espacio fronterizo sur andino (1750-1800)”, en Jorge Pinto R., *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur* (Temuco, 1996).

⁴⁴ Conferencia con el jefe pehuenche Ancan, 28 de diciembre de 1781, AN. FMV., vol. 7, f. 28.

⁴⁵ Eduardo Crivelli, Malones: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires, *Revista Todo es Historia* (Buenos Aires, 1992), pp. 7-32. En su documentado trabajo, el prodesor Crivelli interpreta el sentido estratégico de los malones observando: “Fueron actos de una guerra que buscaba resultados en el largo plazo: doblegar la política de Buenos Aires, que segregaba a los indios ya que no podía utilizarlos, y restablecer el comercio que los proveía de bienes tenidos por imprescindibles. Buscaban una paz mercantil, sin reducción, que salvaguardara soberanía y territorios...”

Sobre ellos siempre pesaba el peligro de un asalto furtivo dirigido a despojarlos del rico despojo que lucían después de sus excursiones⁴⁶. Inefablemente, *la riqueza y la fama atraía a los corsarios y multiplicaba las posibilidades de morir violentamente*. Por esas razones, los jefes de las *tolderías* debían mantener a sus fuerzas vigilantes, al mismo tiempo que sus diligencias diplomáticas debían agotar el potencial de solidaridad que podía extraerse del intercambio político con los linajes vecinos; siempre expuestos a las solicitudes de los caciques de la Araucanía para que brindaran protección a los aventureros que cruzaban la cordillera para probar suerte en las pampas, debían además contar con la infraestructura material y los excedentes económicos suficientes con los cuales recibir adecuadamente a sus visitantes. Carne de caballo fresca, chicha de manzanas y *pulque* en abundancia acompañaban la merienda regada por el aguardiente y culminada, de modo exótico, en las volutas del tabaco. El jefe maloquero, por más distante y aislado que se encontrara de las villas y poblados europeos, debía combinar en su mesa lo más exquisito y los más pintoresco, como verdaderos símbolos de sus andanzas y mejor prueba de sus hazañas. Los bienes escasos, tales como el azúcar, el adorno de plata o los géneros y lozas de manufactura europea, adquirían en las *tolderías* de Mamuelmapu o Nuequén su verdadero valor. Al mismo tiempo, el *capitanejo* debía facilitar parte de sus fuerzas para que acompañaran a los mapuches en sus expediciones, actuando como guías o baqueanos. El incumplimiento de pequeños detalles en el protocolo llevaba a quiebres bruscos y rupturas inesperadas con los temerarios inmigrantes. El principal riesgo de los jefes residentes era su fama de hombres ricos y poderosos, lo que les obligaba a tratar con generosidad a sus visitas, so pena de que su mala fama de tacaño o codicioso le convirtiera en un *calcu* (espíritu maligno). En otras palabras, el prestigio y reconocimiento les obligaba a destruir sus excedentes en grandes fiestas y borracheras, lo que a su vez les forzaba a continuar despojando de bienes y haciendas a sus vecinos. Paradojalmente, mientras más sustancioso fuese el botín, mayores eran las exigencias de regalos y generosidad, condenándoles a vivir una vida de sobresaltos y precariedad. Así lo entendió Higgins al señalar que “los Guilliches tendrían algún día mucho que sentir que se recogiese

⁴⁶ Sobre el problema asociado a la acumulación de riqueza (y poder), véase la valiosa obra de Martha Becchis, *Los lideratos políticos en el area araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿Autoridad o poder?*, (Ponencia presentada en el I Congreso de Etno-historia Argentina, B. Aires, 1989); *Estructura y procesos políticos de la agrupación borogana-pampeana en un documento indígena inédito de 1830* (Manuscrito original facilitado por la autora, 1993); “Matrimonio y política en la génesis de dos parcialidades mapuche durante el siglo XIX”, *Memoria Americana. Cuadernos de Etohistoria* 3 (Buenos Aires, 1994), pp. 41-62.

(Ancan) con sus gentes al abrigo del gobierno español a gozar de la tranquilidad y sosiego que disfrutaban con tanto descanso los indios circunvecinos a estas fronteras...”

La principal aspiración de los hombres durante esos días era vivir tranquilos en sus tierras, sin molestar ni ser molestados por sus vecinos. Ese mundo ideal, observó Higgins, lo “gozaban las reducciones quietas y de buena conducta, los que bajo de la soberana protección del Rey y mediante su pacífica disposición poseían libremente las delicias de sus hermosas tierras, disfrutando de número infinito de ganado, de todas especies de cosechas y abundantes frutos que en recompensa de su industria las rinde su suelo fértil, siguiendo en el día los indios las mismas reglas para este trabajo como los españoles vecinos como pueden informarle los mismos caciques fronterizos de Llanos que se hallaban presentes”⁴⁷. Oponer la violencia al *tiempo de paz* no era una tarea difícil, mucho menos para los pehuenches transandinos, que veían como los días pasaban de la extrema abundancia a la más miserable pobreza, ya sea a causa de los desastres naturales –sequías, pestes, aluviones– o por los ataques que sufrían a manos de los huilliches. En esta tarea, observó Higgins, los malalhueche recibieron además los consejos “de los de su nación, avencindados a esta parte de las cordilleras, con las noticias de los golpes bien duros que llevaban las cuadrillas de salteadores en todos tiempos por disposición del Maestre de Campo actual...” Para terminar de convencer al jefe pehuenche, Higgins dispuso que las tropas de milicias y dragones hicieran demostraciones de sus habilidades, para dar cuenta de su superioridad y disciplina; asimismo, repartió regalos profusamente e insistió en describir el carácter y naturaleza del gobernador Benavides, “en particular, su amor a la justicia, su inclinación a proteger a los indios atendiendo a los caciques honrados con especial distinción...” Estas diversas muestras de aprecio impresionaron bien al jefe ultracordillerano, “pues no lo había palpado tan de cerca nunca, por ser esta la primera vez que se había presentado él en este país...”

Ancan, que había salido de Malalhue en busca de aliados para combatir a sus enemigos, podía resumir su encuentro con Higgins como una gran victoria diplomática. Finalmente, las autoridades de Penco se mostraban dispuestas a reconstruir su alianza con los pehuenches de ambos lados de los Andes y gestar desde esa base humana un frente común contra los huilliches orientales.

“Habiendo comunicado Ancan a sus compañeros y súbditos esta buena nueva noticia, con la del amparo que deben esperar de la justificación del Señor

⁴⁷ *Ibíd.*, f. 29v.

Presidente portándose con fidelidad al Rey que acreditaron sus antepasados, pasasen de uno en otro estas palabras, encargando el cacique la impresión en el corazón pues no tienen para la memoria más archivo ni preceptos que los que se les encarga en las Juntas Generales como está expresado, como ya veían con claridad que solo ellos no disfrutaban en común con los Butalmapus el fruto de la paz...”⁴⁸

Los resultados logrados por Higgins tampoco eran despreciables. Como bien señaló el profesor Villalobos, “los tratos con los pehuenches seguían ligados a la alianza militar que beneficiaba a ambas partes. Para españoles y chilenos se lograba de esa manera tener asegurado el flanco izquierdo de la frontera, impidiendo las incursiones de los huilliches, y para los aliados cordilleranos la protección de las armas cristianas resultaba fundamental, porque era muy efectiva e imponía respeto a los huilliches”⁴⁹. Sin haber disparado un tiro ni haber realizado mayores gastos se incorporaba al proceso de apaciguamiento a pehuenches, aucas y puelches transandinos. Los protagonistas, reales o imaginarios, de la seguidilla de asaltos que mantenían en virtual estado de sitio a las villas y haciendas de Chile central, hicieron desde ese momento propias las propuestas de paz del hábil maestro de campo.

“Y para el acto de solemnizarla con su sumisión formal, fue señalado en el día martes primero del presente año habiéndose mandado que asistiesen otros muchos caciques de los que ya versados en la práctica de Parlamentos y de los juramentos de fidelidad otorgados por los indios en estos congresos, para instruir de algún modo a los Pehuenches de Ancan, sus Puelches y Aucaes neófitos en esta especie de Doctrina, pues nunca habían visto ni concurrido a Juntas de este carácter”⁵⁰.

La ‘solemne’ parla convocada por Higgins para el día 1º de enero de 1782 en la Plaza de Los Angeles fue atendida por el grueso contingente ultracordillerano, a los que se sumaron los segmentos tribales asentados en las cabeceras de los ríos La Laja y Biobío, y representantes de los principales rehues llanistas. Realizados los actos rituales y protocolares preliminares que rodeaban a estos encuentros, según observa el acta, se produjo un acto lleno de dramatismo que marcaría el inicio de una intensa relación de cooperación que se extendería por décadas:

⁴⁸ Conferencia con el jefe pehuenche Ancan, 28 de diciembre de 1781, *AN.FMV.*, vol. 7, f. 30

⁴⁹ Villalobos, *Los pehuenches...Op. cit.*, p. 169.

⁵⁰ Conferencia con el jefe pehuenche Ancan,...*Op. cit.*

“Se puso de rodillas el cacique Ancan otorgando en manos del maestre de campo, y a su ejemplo todos los demás, el juramento de fidelidad perpetuo a su Magestad reconociéndolo por su Rey y Señor natural, expresando en los términos mas obligatorios que serían para siempre amigos de los españoles y enemigos de sus enemigos⁵¹.

El reconocimiento de vasallaje al monarca realizado por Ancan reiteraba el juramento hecho por los *caciques gobernadores* durante el parlamento general de Tapihue de 1774. No obstante, que esta acción fuese llevada a cabo por Ancan superaba las más excepcionales expectativas, porque el hombre que realizaba este gesto era un sujeto de indisputable poder. Ancan, que hasta allí había monopolizado la imagen del terror, se convertía a través de sus gestos en la piedra angular de la paz. Siguiendo el ejemplo que les daba el connotado cacique, continuaba el documento, los demás caciques y naturales convocados

“Prometieron serían obedientes a los Señores Capitanes generales de este Reyno de Chile, teniendo a su disposición sus gentes de guerra y que por estar incorporados con los españoles marcharían debajo de las banderas Reales de Su Magestad contra los enemigos, expresando no se apartarían de esta resolución hasta morir”⁵².

¿Podría haberse alguien imaginado una conversión más repentina como la que afectó a Ancan? Debemos señalar que sus acciones no encerraban ni veleidad ni voluntarismo; muy por el contrario, cada uno de sus actos se insertaba en el despliegue de la estrategia desarrollada por los *lonkos* de Malalhue que daba cuenta de al menos dos procesos que afectaban a la tribu: la necesidad de continuar combatiendo los embates huilliches y de consolidar las relaciones de paz con sus vecinos *huincas*. “Y obligáronse por este acto formal, Ancan y sus peguenches en particular, a no hostilizar a los españoles de las campañas y potreros de Chile, que no permitirían a ninguno de sus subordinados incorporarse ni emprender expediciones de robos sobre las pampas de Buenos Ayres, fronteras de Mendoza, ni sobre parte alguna de las posesiones ultramontanas”. Ancan pretendía poner término a la economía política de la violencia y conseguir la unificación de la nación pehuenche asentada a ambos lados de la Cordillera para resistir unidos las oleadas maloqueras. En esos momentos, para los malalhueche la paz tenía más valor que el botín que podían capturar en las fronteras; al fin de cuentas, sus rebaños de ovejas,

⁵¹ *Ibíd.*

⁵² *Ibíd.*, f. 31.

caprinos y yeguarizos que transhumaban tranquilos en las veranadas del Río Grande y Malalhue, remontando sus caminatas hasta la Sierra Pintada y los pastizales del actual San Rafael, prometían un futuro de prosperidad. Pero no ignoraban que esos mismos rebaños eran objetos de la codicia de sus enemigos. En tanto que la guerra afectaba por igual a españoles y malalhueches, también actuaba como un poderoso factor de alianza. Por esa razón era crucial la declaración hecha por Ancan de que “tampoco daría el paso ni permitiría a los Huilliches ni a los Peguences de el Mamilmapu, Ranquel y Canglo, sus aliados los Huilliches por dentro o afuera de las cordilleras a robar y saquear los potreros de los españoles de Chillan, de Cauquenes, de Maule y San Fernando como acostumbra en grave perjuicio de estas provincias”⁵³.

La alianza que prometía Ancan no estaba fundada en meras palabras ni ofertas oportunistas; los malalhueches negociaban movidos por su anhelo de vivir en paz y sacar ventaja de su estratégica posición geográfica. Si alguna vez habían abandonado con desilusión el abrigo que brindaban las fortificaciones fronterizas del Biobío, en esos momentos se comprometían a olvidar un pasado tan miserable para asegurar el crecimiento de sus hijos, la reconstitución de sus redes de parentesco y, por sobre, todo, consolidar la supervivencia autónoma de la tribu. La guerra contra el *huinca* quedaba definitivamente relegada de los territorios que controlaba el *toqui*, para quien los enemigos más peligrosos eran los huilliches meridionales. Por esos vuelcos paradójales de la historia, los afamados *corsarios* de Malalhue, que habían adquirido sus territorios y acumulado sus riquezas recurriendo a la violencia, eran ahora víctimas del mismo flagelo.

“Prometieron procurar con todas sus fuerzas sacar de poder de los Huilliches y sus aliados las infelices cautivas españolas y españoles de cualquiera edad que tubiesen en sus tierras prisioneras, contribuyendo a su alivio, hasta traer y ponerlos en poder de cualesquiera comandante de las plazas de esta frontera, adonde serán pagados sus rescates respectivos con toda puntualidad por disposición del Maestre de Campo General, quien se obligó a la satisfacción de estos costos”⁵⁴.

En un mundo en el que los gestos públicos constituían una trama de significantes, la liberación que ofrecían los pehuenches de las cautivas marcaba un nuevo momento en el sistema de relaciones fronterizas. El cautivaje, que hasta allí había sido implementado por los propios pehuenches como un

⁵³ *Ibíd.*

⁵⁴ *Ibíd.*, f. 31 v.

vehículo de mestizaje forzado que les había permitido crecer, ya no era más funcional a los objetivos estratégicos de la tribu. Lo fundamental era reconstituir el cuerpo social en su plenitud, incorporando los elementos de la tradición junto a los cambios vertiginosos que les imponía el presente. En este segundo aspecto, los jefes pehuenches, procurando eliminar todos los factores que tensionaban las relaciones con los europeos, “prometieron no dar asilo ni permitir en sus tierras ningún español malévolo, de los que se refugian valiéndose de la protección de los caciques, influyendo a estas especies contrarias a la verdad, nocivas a la religión y al respeto del superior Gobierno, y que los harán entregar siendo requeridos por cualquier Corregidor o Comandante de las plazas de dicha frontera sin repugnancia alguna”⁵⁵.

El alejamiento de los tráfugas también complacía a las autoridades quienes veían a los malentretidos como agentes crónicos del desorden. No obstante, para los pehuenches también era importante reducir y ejercer un mayor control sobre las partidas que se internaban desde Chile central hacia sus tierras en busca de sal, brea y cueros. Procurando establecer un monopolio cacical más rígido sobre el flujo de estos productos, y sacar por ese medio mayores excedentes, Ancan y los demás *ulmenes* demostraban que los intereses económicos iban a la par con sus objetivos pacificadores. ¿Acaso ya no constituía una fuente de poder tribal valiosa la redistribución de aguardiente, ganado, yerba del Paraguay, tabaco y azúcar? La generosidad de los jefes, que en gran parte sustentaba su prestigio y autoridad a nivel regional, dependía precisamente del manejo de estas manufacturas como bienes escasos. En la medida en que sus toldos, y no otros, fueran el centro que actuaba como instancia de intercambio, las configuraciones del poder quedaban bajo su más directa influencia. Desde esa perspectiva, la dinámica de acumulación de riquezas que se originaba en la empresa maloquera tenía su contrapartida en el ordenamiento de las relaciones de comercio y su corolario natural en la eliminación de los sujetos informales que entraban en esos días a las tierras indias. De esa manera, los hábiles pastores y conchavadores ultracordilleranos, haciendo gala de su fino instinto para el intercambio, intervenían directamente sobre el amplio circuito comercial, posicionando a Malalhue como el eje principal de una extensa articulación económica que unía a las pampas con el mundo europeo. Dando nuevas muestras de su afán de colaboración, Ancan ofreció resguardar y defender a los españoles que entraran a las cordilleras en busca de la explotación del pino “que se hacía en tierras de Peguenches para el uso de la escuadra del Rey...”

⁵⁵ *Ibíd.*

Pero nada de lo que ofrecían Ancan y los caciques de su comitiva era hecho en vano. Insertos en un ambiente en que las relaciones entre los hombres estaban marcadas por la reciprocidad, las promesas de paz y colaboración debían traducirse de parte de las autoridades hispano-criollas en un compromiso efectivo de coexistencia y alianza.

“Dijo Ancan que necesitaría auxilio de corto número de tropas españolas con sus *talcas* ó armas de fuego para sus expediciones contra huilliches y que mandase el Maestre de campo a los caciques de Llanos no diesen gente de guerras a aquellos sus contrarios; suplicándole que a estos los dejase a los solos, que eran sus enemigos desde muchos siglos há; y que habiéndose sometido a la obediencia de Su Magestad le prometiese este favor...”⁵⁶

Con esta frase quedaba totalmente develada la intención política de Ancan y sus aliados: pretender erigir un arco defensivo que desde el Biobío hasta Barbarco y el sur mendocino permitiera contener la furia maloquera que asolaba sus tolderías y las estancias virreinales. Aprovechando las relaciones de paz que los españoles mantenían con las principales jefes llanistas, los pehuenches también pretendían cortar el auxilio que recibían los huilliches de Neuquén, Limay y Río Negro, de parte de los masivos *rehues* lelvunches. Esta transferencia de hombres y recursos a través de la Cordillera era el soporte principal de la belicosidad huilliche: su fin marcaría también el ocaso del creciente poder que detentaban los anónimos jefes del sur y contribuiría a la restauración del equilibrios político interétnicos. La demanda de Ancan era clara, pero la respuesta de Higgins fue ambigua. De acuerdo con el acta de la reunión, el maestre de campo respondió “que en cuanto al auxilio de tropa que pedía no tenía facultad para concederla...”, pero que empeñaría sus esfuerzos para lograr que los llanistas suspendieran el apoyo que prestaban a los huilliches.

Después de demostrar que sus guerreros podían transmontar, en cualquier momento, las fragosas cordilleras y sierras que separaban sus tierras de los penquistas y luego de haber suscrito un pacto de colaboración contra los enemigos comunes, los jefes pehuenches podían darse por satisfechos con la misión que realizaron en Chile. No solo habían logrado que las máximas autoridades coloniales recibieran a su delegación con todas las muestras de aprecio y respeto que se merecían, sino que también habían tenido la oportunidad para desplegar su poder y su habilidad política frente a los líderes *lelvunches* y

⁵⁶ *Ibíd.*

pehuenches locales; el exilio voluntario que asumieron desde fines de la década de 1760 los había transformado en una tribu rica, poderosa y de consideración. ¿Podía haber un medio más efectivo para demostrar su nuevo status o un escenario más apropiado que el que les brindó su irrupción en la frontera de Concepción?

Higgins no ignoró las importantes implicancias que tenía el acuerdo alcanzado con Ancan en relación con la seguridad de las haciendas y villorrios de Chile central. En su comunicación remitida al gobernador, el maestro de campo observaba que los potreros y haciendas de las provincias de Chillán, Cauquenes, Maule y San Fernando quedarían debidamente protegidos de cualquier ataque maloquero “pues este cacique estiende su gobernación y influjo sobre los pehuenches que viven esparcidos por la parte interior de estos distritos”⁵⁷. Sus fuerzas, compuestas por más de 400 “pehuenches, puelches y aucaes de las Pampas de Buenos Ayres”, se habían por primera vez dejado ver desarmados, “solicitando de la piedad de vuestra excelencia sean recibidos debajo de la protección Real y prometiendo desistir para siempre de toda especie de hostilidad contra españoles, obligándose Ancan, por convenio formal que he firmado con este caudillo a nombre de V. Señoría, a no sólo contener las parcialidades de su mando de toda especie de correrías sobre nuestras tierras, también a prometido velar y oponerse a las entradas de Guilliches”. Según el maestro de campo, el contingente ultramontano se había retirado de Los Angeles por el boquete de Antuco “sumamente contentos y agasajados como agradecidos a V. Señoría”, con una escolta encabezada por el comisario de naciones y varios capitanes de amigos. Durante la reunión, afirmaba enfático el maestro de campo, se les había comunicado la buena disposición que tenía el gobernador del reino hacia los pehuenches

“y lo mucho que pueden esperar de su recomendacion para nuestro soberano a favor de toda la nacion Peguenche, siempre que procuren como buenos vasallos de su magestad portarse con honrradez a imitación de sus antepasados, los que siempre han merecido el afecto y protección de los Señores Capitanes Generales del Reyno, por lo mucho que esta bizarra gente en otros tiempos se habían expresado a concurrir con los jefes de las armas a asegurar la conquista de este país contra las continuas insurrecciones de los indios rebeldes de Llanos y costa de Arauco hasta que, según se queja ahora el mismo Ancan, fueron por un gran yerro en la pasada politica y gobernacion de frontera desposeídos del asiento de reducciones que tuvieron en común con los españoles a este lado de las cordilleras, causando (fj.17v) esta desavenencia la

⁵⁷ Higgins a Benavides, 9 de enero de 1782, AN. FMV., vol. 7, f. 15.

sublevacion de todos en el año de mil setecientos sesenta y nueve y hasta ahora a excepcion de algunas parcialidades se han quedado tranmontado siguiendo sus correrias con grande detrimento de estos territorios y provincias del virreynato de Buenos Ayres”⁵⁸.

Sin embargo, Higgins no ignoraba que las promesas de los pehuenches eran solamente una parte de la medalla; al tanto de los altibajos que experimentaban los acontecimientos, dispuso simultáneamente que se aceleraran las tareas de reconstrucción y reparo de los fuertes y guarniciones del Biobío y que se redoblara la vigilancia de pasos y boquetes. De todos modos, la junta de los cuatro *butalmapus* en Los Angeles y el pacto suscrito con Ancan permitía abrigar un cierto grado de optimismo respecto de la consolidación de la paz. A fines de enero, el maestre de campo comunicó al gobernador que “sobre sus deliberaciones despues de regresados a sus tierras, parece que estas se dirigen a cumplir puntualmente con cuanto ha prometido en aquella ocasion”⁵⁹. La decisión de permitirles reasentarse en los territorios que habían ocupado desde tiempos inmemoriales y que “poseían con justicia desde los primeros años de la conquista hasta la era de la sublevación general” permitiría ejercer una vigilancia más estrecha sobre sus movimientos, asegurando al mismo tiempo que “otra vez recuperada la confianza de esta bizarra gente, no será fácil que se aparten de nuestra amistad, mucho menos del abrigo de ese superior gobierno, pues quedan todos bien instruidos del favor que pueden esperar portándose con honradez del alto amparo y protección de V. Señoría”. Haciendo un resumen de las negociaciones que habían sostenido con Ancan, el jefe irlandés insistió en reducir el protagonismo que tuvieron en el proceso los jefes tribales, atribuyendo los logros a su eficiente política de “palo y zanahoria” que mantenía con las tribus fronterizas. Según Higgins, el continuo escarmiento de las partidas maloqueras, el buen trato que se dispensaba a “los caciques y demás indios que salieron a la frontera en términos regulares de paz”, la justicia en los tratos y la eliminación de abusos en el comercio, empujaron a “esta nación (a) tomar este partido”, temerosos de las amenazas que se les hacían de una entrada general “con suficiente fuerza y determinacion, de exterminar enteramente los bárbaros enemigos de las cordilleras que hacían y hacen tantos perjuicios a los españoles”. Finalmente, observaba Higgins, también había tenido importancia “nuestro influjo sobre los indios de Llanos sus contrarios”⁶⁰. Consolidar la frontera oriental y cimentar las relaciones de paz con los pehuenches ultramontanos era un objetivo político y militar nada

⁵⁸ *Ibíd.* f. 17v.

⁵⁹ *Higgins a Benavides*, 25 de enero de 1782, *AN. FMV.*, vol. 7, fjs. 24v.

⁶⁰ *Ibíd.*, f. 26.

despreciable que podía servir de punta de lanza para el proyecto de ocupación de la Patagonia septentrional y la consolidación de las relaciones pacíficas en Chile central. Al fin de cuentas, las posibilidades de supervivencia de los primeros colonos que se enviaban a Carmen de Patagones y Río Negro dependían del apoyo que pudieran proporcionarles las agrupaciones tribales pampeanas⁶¹. Respecto de Chile, como bien señalara el capitán Juan de Ojeda una década más tarde, los fuertes de Santa Bárbara y Tucapel –situados en la frontera peguence– “no podían atender ni cubrir las partes nombradas Villucura y Antuco que intermedian ni defender la entrada de los yndios a nuestras tierras; por ellos hacían sus irrupciones, correrías y hostilidades contra los pobladores y sus haciendas, como ha sucedido siempre desde los tiempos de su conquista, y particularmente en la guerra del año 70”⁶². Asegurar la normalización de las relaciones comerciales y de intercambio con los maloqueros ultramontanos significaba, por sobre todo, llevar a cabo su transformación en pacíficos proveedores de bienes y manufacturas. “Por este boquete de Curicó”, apuntó el capitán Ojeda, “se vá a buscar el yeso que conducen a varias partes del reyno; se halla en la tierra de los Peguences. Los españoles tienen licencia de ir a buscarlo, cambiando con trigo, vino, aguardiente y otros géneros que llevan a los referidos Peguences”⁶³. En buenas cuentas, la factibilidad de los planes imperiales y la prosperidad de Chile central dependían, en gran parte, de la consolidación de los tratados establecidos con la ‘nación peguence’. Por esas causas, como bien observara el maestro de campo, las autoridades locales debían actuar en consonancia con los nuevos tiempos.

“Lo que sería muy conducente a estos fines será una estrechísima orden de V. Señoría a los Corregidores que intermedian desde esa capital hasta esta frontera, encargando no sean maltratados los peguences que saliesen de paz por los pasos señalados, que les hagan justicia en sus tratos de comercio y personas, sin permitir que se repitan los excesos enormes como los cometidos en los años pasados de 1767...”⁶⁴

⁶¹ Juan C. Walther, *La conquista del Desierto* (Buenos Aires, 1964); Pedro Navarro Noria, *Ciencia y Política en la región norpatagónica: el ciclo fundador, 1779-1806* (Temuco, 1994).

⁶² *Visita de las plazas de la frontera de Chile actuada por el capitán don Juan de Ojeda de orden del muy ilustre señor Capitán general del reyno, 1793, BL. Add. Ms. 17.595, f. 5.*

⁶³ *Ibíd.*, f. 19v.

⁶⁴ *Higgins a Benavides*, 25 de enero de 1782, AN. FMV., vol. 7, f. 26.

La postura asumida por Higgins era un fiel reflejo de la nueva realidad geopolítica; como en otros ámbitos de la vida cotidiana, el maestro de campo atribuía una importancia fundamental a la regularización de las relaciones sociales y al fortalecimiento del orden, eliminando los espacios dominados por las agentes tradicionales –y locales– de poder. En este sentido, el proyecto del agente borbón coincidió con la estrategia diseñada por los *caciques gobernadores* mapuches, primero, y luego, por Ancan y sus aliados. Eliminar la indisciplina y los abusos que infectaban como una enfermedad el sistema de relaciones fronterizas significaba introducir un mayor grado de gobernabilidad y eliminar, por ese medio, la influencia que ejercían sujetos voluntariosos y marginales. En otras palabras, se trataba de anular o neutralizar las acciones de hombres como Salvador Cabrito y Ayllapangui quienes, convertidos en caudillos regionales, intentaron doblar el curso de la historia. Si el parlamento, en su máxima expresión, creaba el ambiente adecuado para que se impusiera el estado de derecho, base ineludible de la relación soberana que solicitaban los pehuenches, lo conseguido por Ancan era crucial: gracias a su acción se hacía sentir, aunque todavía de modo débil, la presencia del Estado en los vastos territorios orientales. Tal como manifestara Higgins, “Quedo por mi parte... castigando imparcialmente cualesquiera transgresion de españoles fronterizos como las de los indios confinantes”⁶⁵.

La tradición había demostrado que pacificar la frontera no era una tarea fácil ya sea por la diversidad de intereses que allí entraban en juego como por la multiplicidad de actores sociales que interactuaban en el espacio creado por el contacto. Para las autoridades de Santiago lo más importante era mantener a las guarniciones en estado de alerta para de ese modo mantener “el equilibrio y respeto de los Indios que nunca puede fiarse a solo la prometida paz y subordinación, teniendo de experiencia su inconstancia, y ninguna fé en los tratados”⁶⁶. Demostrando su acuerdo con las diligencias realizadas por Higgins, el gobernador de Chile informó, a mediados de febrero de 1782, a los corregidores de Rancagua, Colchagua, Maule, Cauquenes y Chillán, de la alianza que se había suscrito con Ancan, “el que principalmente gobierna toda la tierra y parcialidades de Pehuenches situadas en la otra parte de la cordillera fronteriza de nuestras provincias hasta el corregimiento de Colchagua, por cuyos boquetes pueden hacer sus irrucciones estos infieles, como se ha experimentado en grave perjuicio de los habitantes de esos distritos y de sus

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ *Benavides a Higgins*, 30 de enero de 1782, *AN. CG.*, vol. 774.

haciendas”⁶⁷. Sus promesas de paz y los tratados acordados en presencia de las demás tribus obligaba a los representantes del rey a mantener “en adelante el equilibrio y buena armonía con estos naturales, franqueándoles la correspondencia a los Pehuenches que salieren de amistad por los pasos señalados, ... haciendo también se les guarde justicia a estos naturales en sus tratos de comercio y personas...”⁶⁸ Al propio Higgins, el gobernador le felicitó por haber logrado firmar la paz “con las circunstancias de este guerrero, su predominio en la tierra y territorios que ocupan con facilidad de inquietar nuestras provincias confinantes de la cordillera”⁶⁹.

Pocos días después, el gobernador dio cuenta a Madrid de los cambios acaecidos en la frontera. Justificando la “necesidad e importancia de mantener la paz y buena inteligencia con las varias naciones de indios gentiles confinantes con las fronteras”, Benavides describió detalladamente la junta de Los Angeles celebrada con “los principales de las parcialidades de los llanos, costeros, y otras situadas al sur del río Biobío de los quatro butalmapus” y con “el casique Ancan indio famoso, y el más temido guerrero de la tierra, que jamás había querido concurrir a Parlamento, o Juntas; ni dexar de conservarse armado, con más que regulares fuerzas, y general predominio sobre la nación pehuenche...”⁷⁰ Los pehuenches, continuaba Benavides con un tono pragmático, ocupaban una posición estratégica en la región cordillerana y pampeana, lo que obligaba “por nuestra parte, la amistad y alianza de este peligroso caudillo y de sus gentes en que antiguamente se apoyaba el desagravio, y defensa contra los insultos que hacían a los españoles las demás naciones, o qualesquiera ajena parcialidad de aquellos bárbaros”⁷¹. Gracias al parlamento se había conseguido “la firmeza de la paz, que se hallaba turbada desde la guerra de los años de 69 y 70, y mediante los tratados de la Junta de 2 de enero, a que prometió este caudillo y aliados con que salió, mantener fielmente su amistad, alianza, y perpetua obediencia al Rey...” Benavides puntualizaba que los acuerdos serían la base del progreso regional y del reino, “por ser cierto, que la rotura de la guerra por muy errada conducta con los indios en los años de 1769 y 1770 fue causa de que hasta el día haya en muchos vecinos que contribuyeron, y perdieron sus ganados, y caballerías, pero

⁶⁷ *El gobernador a los corregidores de Rancagua, Colchagua, Maule, Cauquenes y Chillan*, 12 de febrero de 1782, AN. CG., vol. 774, f. 364 v. En carta del mismo día, el gobernador dio aviso a Higgins de estas instrucciones.

⁶⁸ *Ibíd.*

⁶⁹ *Benavides a Higgins*, 13 de febrero de 1782, AN. CG., vol. 774, f. 147.

⁷⁰ *Benavides al Ministro Joseph Galvez*, 3 de abril de 1782, AN. CG., 781, f. 72 v.

⁷¹ *Ibíd.*

aun el Real Haber, y varios Ramos privilegiados que quedaron empeñados en casi un millón de pesos, de que no se podrá convalecer en mucho tiempo”⁷². Por sobre todo, insistía en señalar, el pacto firmado con los jefes ultracordilleranos pondría fin a la década de acoso, desolación y violencia, que sufrieron los habitantes de Uco, Tunuyan, San Luis y la campaña bonaerense. Sobre este punto, Benavides remitió copias de los documentos al virrey del Río de la Plata señalando “la trascendencia que aparece de esta materia con las provincias del Virreinato de Buenos Ayres y de esperarse lo que toca á dichas naciones, según sus últimas promesas, de no continuar (sus) insultos contra aquellos distritos”⁷³.

Ancan en el mundo de las pampas

Ancan se convertía lentamente en señor de las llanuras⁷⁴. Sin embargo, su camino hacia la cima del poder en el turbulento mundo pampeano estaba plagado de riesgos, dificultades y peligros. Por muchos años, el *Desierto* había predominado en el imaginario colectivo hispano-criollo como un espacio inhóspito, desolado, polvoriento y yermo, que brindaba abrigo a tribus miserables que vagaban siguiendo las huellas del ganado cimarrón, ñandues, tigres y quirquinchos. Pero a medida que los europeos comenzaron a internarse hacia las tierras del sur, la geografía de las pampas fue adquiriendo una fisonomía más atractiva; es cierto que en los relatos de cautivos y viajeros aún predominaban las descripciones de jagueyes y arenales, áridos bosques de Algarrobos y extensos pajonales, coronados por sierras, salinas y pedregales que a través de las lomas dibujaban la línea del horizonte, pero también abundaban las

⁷² *Ibíd.*

⁷³ *Benavides al virrey del Perú*, sin fecha, *AN.FMV.*, vol. 7, fjs. 32v-33v.

⁷⁴ Sobre el surgimiento de los ‘hombres grandes’ en las regiones fronterizas, el profesor Osvaldo Silva señala: “Las coaliciones de linajes como forma de supervivencia en las sociedades segmentadas abren, especialmente al tener que enfrentar a invasores foráneos, el camino para el surgimiento de un líder capaz de aglutinarlos en defensa de sus tierras. El reconocimiento de su ascendencia descansa en la magnanimidad demostrada en los lazos recíprocos engendrados con anterioridad, especialmente hacia aquellos grupos más débiles que, a cambio de amistad y protección, le entregan hijas de sus propios lonkos”, Osvaldo Silva G. y Cristina Farga H., “El surgimiento de hombres poderosos en las sociedades segmentadas de la frontera inca: el caso de Michimalonko”, *Revista de Historia Indígena* 2 (Universidad de Chile, 1997), p. 24.

noticias relativas a los ricos y fértiles oasis que, como verdaderos archipiélagos, escalonaban las praderas desde la Tandilia, La Ventana y El Volcán, hasta los macizos cordilleranos de occidente. Las tierras de pasturaje que albergaban miles de cabezas de ganado cimarrón, las populosas tolderías instaladas a lo largo de los ríos y las rastrilladas que cruzaban los páramos, permitían crear una imagen distinta, que más se asemejaba a la escena pastoril de la campaña europea que al cuadro de desolación con que hasta allí se asociaban los vastos territorios meridionales. A Puerto Hambre, Bahía Decepción o Laguna de los Huesos podían agregarse parajes con toponimias más alegres como Limay, Ranquilco, Choelechoel, Nahuelhuapi y Carahue.

De ser lugares remotos y legendarios, los cerros Payén, Tunuyán, Campanario y Antuco, junto a los ríos Negro, Colorado, Neuquén y Limay, comenzaban a ser identificados como los grandes puntos de referencia que guiaban a los caminantes de la pampa; las distantes tolderías de Mamuelmapu, Barbarco, Ranquilco, Salinas y el País de las Manzanas, adquirirían una súbita y devastadora realidad cuando se pretendía jalonar los vastos territorios con establecimientos españoles. “La guardia que vuestra majestad ha proyectado en Choleechel”, escribió el piloto Basilio Villarino en un Informe al Superintendente de la Costa Patagónica, “debe tener presente que además de ser útil para contener a los yndios, lo más importante de ella, y por donde a mi juicio se hace absolutamente necesaria, es porque sirve para tener a los indios retirados de las orillas del Mar...”⁷⁵ Paulatinamente, las fronteras de los territorios tribales se poblaban de criollos pobres y marginales que convertían los puestos en guardias y fortines, mientras que los fuertes adquirían la fisonomía de poblaciones, materializando un inevitable avance blanco hacia el *Desierto*. Lo ideal, observaba un oficial de gobierno a fines de la década de 1770, era que se fundase sobre cada una de las guardias fronterizas bonaerenses “un pueblo, haciendo a sus cavos responsables de los daños que hiciesen los yndios, por cuyo medio se irían retirando, y las guardias avanzandose para el Sur y Oeste, formando nuevos pueblos, y de este modo se irá extendiendo nuestra población por toda la tierra Patagónica, y extinguiéndose la de los Yndios...”⁷⁶ Dando cuenta de la real cédula que ordenaba la fundación de pueblos y villas

⁷⁵ *Informe de don Basilio Villarino que ha dado por mandato del Señor Superintendente de la Costa Patagónica sobre el reconocimiento de la Costa de la Mar, Puertos, Ríos, Terrenos, etc.*, sin fecha, *BL. Add. Mss.*, 17.605, 40v.

⁷⁶ Anónimo, *Fortificación que hoy tiene la Provincia de Buenos Ayres. Defensa y estado que debe tener para hacerse respetable a todo enemigo (1779?)*, *BL. Add. Mss.*, 17.605, f. 92v.

en las serranías situadas al sur de Buenos Aires, Pedro Medrano señalaba en una carta al virrey Cevallos en 1777: “Hasta mejor que yo comprenderá Vuestra Excelencia la utilidad y quietud que tendría esta ciudad si se plantificasen allí las poblaciones, pues estos vasallos podrían sin el recelo que hoy los contiene por estas cercanías extender las crías de ganados que hoy están en mucha decadencia...”⁷⁷ Con la construcción de dos fuertes complementarios al de San Carlos, afirmaban los ediles mendocinos en 1782, se lograría precaver “las vías más ocultas del enemigo, y en caso necesario dándose aviso, socorrerse mutuamente y combinar sus operaciones para practicar una más vigorosa resistencia: de este modo se conseguiría en pocos años sujetar enteramente esta indiada, y consiguientemente lograría esta Ciudad una tranquilidad permanente, en que sus habitantes tendrían la oportunidad de volver a poblar el Valle de Uco y de hacer recibir en sus estancias la crianza de ganados con otras inestimables ventajas...”⁷⁸ Así, la nueva confianza engendrada por el fortalecimiento del gobierno imperial se traducía en una mentalidad expansionista hasta allí ausente en los medios políticos bonaerenses. Se iniciaba sutilmente la conquista de las pampas. En la refundación de los establecimientos patagónicos, particularmente el de Río Negro, escribió Francisco de Viedma en 1784, “estriba toda la felicidad de la Provincia, estos es, en reparar el destrozo de ganados que causan los yndios en las dilatadas campañas y fronteras de Buenos Ayres, en librar a aquellos infelices de tantas muertes, robos y cautiverios. En aprovechar los inmensos campos que de esta Capital median al Río Negro, donde pueden dilatarse y fomentarse la cría del ganado... los asuntos son gravísimos; pero la felicidad de ellos pende en una misma causa, qual es refrenar a los yndios”⁷⁹. Incluso en Madrid, las máximas autoridades imperiales se inclinaban desde temprano al poblamiento de las pampas por motivos estratégicos. Refiriéndose a la necesidad de fundar un pueblo en las cercanías de la sierra de Casuati para otorgar apoyo a la reducción que los jesuitas tenían entre los pampas, el Consejo de Indias manifestaba ya en 1769 que con la villa se lograría “contener las correrías de los yndios,

⁷⁷ *Pedro de Medrano a Pedro de Cevallos*, Buenos Aires, marzo de 1777, *BL. Add. Ms., Egerton Papers*, 374, f. 89.

⁷⁸ *El cabildo de Mendoza... Op. cit.*

⁷⁹ *Disertación en que al mismo tiempo que se demuestran los empeños de la Corte de España para fixar poblaciones en la costa oriental llamada Patagonica, y los motivos de sus desgraciados fines... dirigela al Excelentísimo Señor Marqués de Loreto, Virrey y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata Don Francisco de Viedma, Gobernador e Intendente de las Provincias de Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba, y Comisario Superintendente que fue de dichos establecimientos*, Buenos Ayres, 1ro. de mayo de 1784, *BL. Add. Ms.*, 17. 607, f. 262.

y de esta policía y subordinación interior de ellos, se seguirá frustrar las medidas de los Yngleses sobre las costas, y además del interés del Estado se promoverá la predicación del Evangelio”⁸⁰.

Además de la revalorización de las tierras y paisajes, también experimentaba un cambio el concepto que los europeos habían acuñado del ‘bárbaro’. Así, del maloquero feroz y brutal que invadía las estancias y villas, se gestó paulatinamente la imagen del jefe tribal que pretendía imponer orden en el caos, aunando los segmentos bajo su autoridad y poder. Por sobre todo, lo que sobresalía en la percepción de los *huincas* era el alto grado de refinamiento que demostraban los líderes tribales en su trato con las autoridades y su afán, siempre manifiesto, de lograr acuerdos que contribuyeran a consolidar un sistema de relaciones pacíficas. Obviamente, los continuos malones –protagonizados por otros segmentos tribales–, hacían colapsar los acuerdos alcanzados con tanta dificultad por los *lonkos* asentados en las cercanías de fuertes y pagos, toda vez que los agentes monárquicos identificaban y confundían en una sola entidad a los diversos grupos humanos que habitaban más allá de las fronteras. Esta falta de discriminación e ignorancia de la rica e intensa diversidad tribal fue, más que ningún otro factor, uno de los motores de las continuas crisis que afectaron a las fronteras de Buenos Aires, San Luis y Mendoza durante la centuria. Pero no todo podía ser eterno, y mucho menos en un espacio siempre convulsionado por el paso de hombres voluntariosos que insistían en hacer su propia historia. En Mendoza, la transición hacia una época de colaboración la marcó el nombramiento de José Francisco de Amigorena como comandante de armas de la ciudad y el surgimiento de Ancan como su principal interlocutor. Entre ellos se inició lo que fue el diálogo de dos *ulmenes* (Grandes Hombres), dispuestos a imponer el orden social en un espacio dominado hasta allí por la violencia.

En Mendoza, la década de 1770 fue signada por el predominio del *tiempo de guerra*⁸¹. Después de la atroz masacre de más de 48 carreteros muertos durante el asalto realizado por ‘pampas’ contra El Saladillo, el Cabildo de la ciudad de Córdoba manifestó lo que seguramente constituía una visión generalizada respecto de la nueva plaga que desataban los nómades del sur contra los vecinos de la provincia:

⁸⁰ Real Orden del Consejo de Indias al gobernador de la Provincia de Buenos Ayres Francisco de Bucarelli, 9 de septiembre de 1769, *BL. Add. Ms.*, 32.603, f. 78.

⁸¹ Leonardo León y Paola Salgado, “La guerra del malón en el sur mendocino, 1700-1800”, *Revista de Estudios Transandinos* 3 (Santiago-Mendoza, 1999), pp. 163-187; L. León, *El surgimiento de los señores de la guerra... Op. cit.*

“Lo primero que este traidor enemigo, así como impasivamente verifica sus insultos pone en ejecución aceleradamente su retirada esterilizando los campos... lo segundo que mientras las milicias de esta jurisdicción se advocan (por la distancia de su residencia) a la Frontera de El Sauce, ya el enemigo con sus redobladas marchas se halla en el centro de sus países, triunfando de nuestros despojos, y lo tercero que hallándose al presente tan débiles la cabalgaduras, por la flacura que es tan propia de esta estación, se hace impracticable su seguimiento...”⁸²

Incapacidad logística, falta crónica de recursos, excesivas distancias y alta destreza militar de los naturales conformaban la esencia de una guerra depredatoria que nadie había provocado ni buscado. La violencia, desatada con todo su furor por los feroces habitantes del desierto, dejó durante esos años una huella imborrable de muertes, padecimientos y cautivos en la memoria de los hombres, al mismo tiempo que el fuego, el olor a pólvora y el polvo que levantaban las grandes partidas maloqueras desdibujaron las instituciones y marcaron un verdadero retroceso hacia el barbarismo. “Es constante que esta ciudad”, escribió Joseph Sotomayor al virrey Cevallos en noviembre de 1777, refiriéndose a las invasiones indígenas que asolaban Mendoza,

“es la garganta del comercio de Chile, que en sus estancias se mantienen las boyadas y caballerías que habilitan su giro, y ocupadas estas de los yndios bárbaros no hay otras en que pastar estos ganados, y ve aquí cortado el importante comercio de las Provincias del Río de la Plata, Paraguay y Tucumán, que gira precisamente por esta ciudad a la de Santiago de Chile, y de aquella a la de Lima, y otras partes de esta América meridional, siendo imponderable la ruina que seguiría de que dichos yndios ocupasen estas campañas y se apoderasen de esta ciudad, y aún de la de San Juan, que todo es de recelar de la insolencia y arrojo con que acometen por todas partes...”⁸³

El terror que provocaba el ‘indio bárbaro’ ocupaba el lugar de las palabras y de la reciprocidad, desterrando el potencial pacificador del diálogo. La ausencia de mediadores naturales –fuesen estos misioneros o conchavadores– redujo aún más las posibilidades de acercamiento entre ambos mundos, intensificando la ruptura. La guerra establecía abismos que no se superaban con facilidad, incentivando la violencia como el único mecanismo capaz de contrarrestar la violencia del otro. “No ocurre otro medio”, escribió el mismo

⁸² *Acuerdo del cabildo de la ciudad de Córdoba*, 12 de noviembre de 1777, *BL. Add. Mss.*, 13.980, f. 133.

⁸³ *Joseph S. Sotomayor a Pedro de Cevallos*, Mendoza, 10 de noviembre de 1777, *BL. Add. Mss.*, 13.980, f. 127.

Sotomayor, refiriéndose al fuerte de San Carlos, “que el de mantener en aquel fuerte la tropa fija de 200 hombres con la correspondiente caballada, para que con prontitud puedan reparar cualesquiera invasión y castigar a los enemigos, distribuyéndose esta tropa entre el dicho fuerte y otro que se ha meditado sobre la costa del río Tunuyán, en el paso por donde se introduce el enemigo”⁸⁴. Los hechos descritos por Sotomayor no dejaron impávido al virrey Cevallos. Inmediatamente ordenó a José Francisco Amigorena, recientemente nombrado maestre de campo de las milicias de Mendoza, que organizara una expedición con “vecinos y estantes y habitantes, así en esa ciudad de Mendoza, como en la de San Juan, para que saliendo al opuesto escarmienten esos atrevidos indios...”⁸⁵

A principios de 1779, Amigorena, salió en persecución de los pehuenches. En esa condición, fue el primer oficial español que visitó los territorios situados al sur del río Tunuyan, llegando hasta las riberas mismas del Río Grande de Malalhue. En la detallada declaración que hizo al respecto Juan Antonio Guajardo se proporcionaron datos inéditos sobre la toponimia y el hábitat de los pehuenches:

“Caminando de el Corral de Guanacos al Cerro Colorado, llamado de los indios Quele Mahuida que está distante cuatro leguas, se encuentran las habitaciones y paraderos de indios. A distancia de cinco leguas está Butamallín, en nuestro idioma Manantial Grande. A distancia de cuatro leguas está Butacobenlegue, que nosotros llamamos Río de San Agustín, aunque quiere decir Río Grande. A distancia de tres leguas está el Valle de Ranquelco, que significa Aguas del carrizal, todas estas habitaciones de ellos por la parte de la sierra= Pichileubu, que quiere decir Río Chiquito, dista seis leguas y está en paralelo con Maule= Minchemeligue, que quiere decir Abajo del Nico (¿?) y está a mano derecha de el camino y bajando a la derecha, a distancia de cinco leguas, están unas salinas a mano izquierda y en el mismo camino está un valle con agua dulce, y para llegar al Río de las Barrancas está una cordillera mediana, y hay de camino firme diez leguas; a las cinco leguas está una Laguna muy abundante de pescados llamada Cavileube, que significa Agua Verde.= Barbarco está ocho leguas, y se pasa otra Cordillera pequeña, ambas transitables en todos tiempos aunque nieva. Este término en nuestro idioma quiere decir Agua Espumosa..= Neuquén, que quiere decir Río Claro, está distante cinco leguas. Dahuegüegüe, que quiere decir Lugar de Bledos, está distante seis leguas, y en paralelo con el Río de Biobio, última población de los nuestros

⁸⁴ *Ibíd.*, 126v.

⁸⁵ *Cevallos a Amigorena*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1778, *AN. FMV.*, vol. 24, pieza 16, f. 220.

por la parte de Chile caminando al Sur. Los rastrojos están ocho leguas. Rucachoroy, que significa Casas de Catitas, está distante doce leguas, aunque en el camino hay algunas aguadas pequeñas. = Nillui, Cerro de los Pisiare está distante cuarenta leguas, aunque hay algunas aguadas por el camino y montes de árboles, pero ningún frutal sino los pinos que dan unas piñas comestibles. Desde el Río de Los sauces (Negro) hasta el mencionado lugar, todo es pertenencia á los Yndios Peguenches, y todos los lugares citados son habitaciones de ellos, variando de habitaciones y viviendo en trozos unos en unas partes y otros en otras...”⁸⁶

Esta descripción de la geografía del país pehuenche era doblemente valiosa, pues no solo situaba a los pehuenches en sus respectivos territorios, sino que también proporcionaba un verdadero ruterio para el país árido con noticias de los ríos, lagunas y recursos de agua que podían utilizar futuros expedicionarios. De ese modo, un espacio que había permanecido desconocido para los españoles era finalmente abierto a su mirada inquisitoria y expansionista. En esos mismos días, desde Chile, el comisario de guerra Pedro José Ventura de Guzmán proporcionaba información inédita para entrar al país de los malalhueche desde Chile.

“Cumpliendo con el superior orden verbal de Vuestra Señoría de darle razón individual de todo lo acaecido en la entrada que hice a la otra banda y tierra de los Yndios Bárbaros a efecto de averiguar el robo de 600 animales entre mulas, caballos y yeguas que hicieron de mi hacienda, y solicitar buenamente su restitución, pongo en su alta consideración que el día 29 de marzo de 1779 emprehendí (sic) la entrada con 25 mozos, entre ellos el lenguaraz don Juan Baltasar y el teniente de Amigos Juan José Galaz.

Y en el primero día que salí de casa llegué al otro lado del Río de Teno a la estancia de Quetequete.

El segundo día pasé a la estancia de Cumpleu, perteneciente al convento de la Merced.

Al tercero entré a la Cordillera y fui a parar al paraje nombrado Las Lomillas, cuyo camino es que llaman de El Portillo.

En el cuarto día desde aquel paraje de Las Lomillas fui con mi gente a parar al lugar nombrado El Blanquillo.

En el sexto pasé a la invernada que llaman de Tironi.

En el séptimo llegué al paraje nombrado La Piedra Grande.

En el octavo llegué al lugar nombrado El Campanario.

⁸⁶ *Declaración de Juan Antonio Guajardo*, Mendoza, 24 de marzo de 1779, AN. FMV., vol. 24, pieza 16, f. 223.

En el nono pasé al lugar nombrado Las Salinillas Chicas, y en él hallé la primera reducción de indios de el cacique Guentenau, el cual me recibió con 58 yndios de lanza, los 13 armados de lanzas y 9 encoletados; varios de ellos con los morriones y una cota de malla... salí de la reducción expresada y fui a dar a las derezeras de Las Salinas, y de allí al siguiente día fui a parar a un río donde con la gente que iba hice mansión... al tercero día que salí de la posesión al parage donde estaba, que se nombra el Río Chiquito, (en) el cual me recibió (Ancan) con 128 indios de lanza...”⁸⁷

La gran distancia que separaba a Mendoza de Malalhue –más de 400 kilómetros de tierras serranas donde imperaba el sol, el viento sonda y los matorrales del sotobosque que anunciaban el nacimiento de los grandes macizos cordillerano que, como una verdadera barrera azulada flanqueaba las clinas y quebradas–, también se tradujo en una distancia política y diplomática. Más allá de las apacibles campañas bordeadas de sauces y acequias comenzaba el agreste país del *salvaje*.

El desconocimiento de las tierras australes daba lugar a especulaciones y sueños que bordeaban la alucinación. Ese fue el caso del resurgimiento, en esos mismos años, de las leyendas relativas a la mítica *Ciudad de los Césares*, fábula que se apoderó del pensamiento de hombres lúcidos después de haber permanecido ignorada por décadas. “Ignoro cual sea su comercio y si usan monedas”, escribió el comisario de naciones Ignacio Pimuer en 1777, dando cuenta de la fabulosa *Ciudad de los Césares* enclavada en algún rincón del sur “sé sólo que tienen ganado en abundancia, y plata, y que son privos (sic) de añil, chaquiros, fierro, abalorios, por cuya razón dicen los Yndios son pobres. Han tenido comercio con los pehuenches, igualmente que con los indios de nuestra jurisdicción por la necesidad de sal...”⁸⁸ Los europeos allí instalados, señalaba con similar énfasis y convicción el gobernador de Chile, habrían construido “fosos y rebellines con puentes levadizos, libres por estas industrias de ser invadidos de los fieles comarcanos, sobre quienes parece que en la actualidad tienen adquirido dominio y subordinación, concurriendo a las juntas a que los citan con la obligación de guardar el secreto de su permanencia

⁸⁷ *Declaración de Pedro José Nuñez de Guzmán*, Santiago, 29 de marzo de 1779, AN. FMV., vol. 24, pieza 16, f. 224.

⁸⁸ *Resumen de una relación muy extensa que hizo el capitán de infantería Don Ignacio Pimuer, Lengua General de la Plaza de Valdivia, al Presidente de Chile don Agustín de Jauregui, sobre las pesquiciones que hizo de una ciudad poblada de españoles en medio de los indios comarcanos de Valdivias, en cuya residencia estaba viviendo*, BL. Add. Mss., 15.975, f. 104.

en aquel oculto destino: que tienen murallas y casas de juncos, alguna artillería y buenas armas....”⁸⁹ La fascinación que ejercía la presencia de una ciudad semientrada, abundante en riquezas y que se mantenía completamente aislada del resto del mundo europeo, lograba derribar las dudas aun de los más escépticos. El fiscal de la Real Audiencia de Santiago Joaquín Pérez de Uriondo observaba con respecto del informe presentado a comienzos de la centuria por Silvestre Roxas: “Los más tienen por falso lo que contiene dicho informe. No me empeño en justificarlo, pero me inclino a que es cierto lo principal, de haber tal ciudad de Españoles, más hacia Buenos Aires, o el Estrecho de Magallanes”⁹⁰. Al sur de Mendoza, observó Roxas en su informe, estaban asentados los indios picunches, chiquillames y diamantinos; más allá del río Diamante, continuaba, habitaban “multitud de yndios llamados peguenches. Usan lanza y alfange, y suelen ir a comerciar con los césares españoles”⁹¹.

Desde el primer contacto, los territorios controlados por los naturales se poblaron de seres fabulosos o fantásticos. A fines del siglo XVIII, el viajero Haenke reproducía el testimonio de Cosme Bueno de “que se hallan caballos marinos” en la laguna de Avendaño, cercana a Itata. “Pero la descripción y relación que hacen de estos anfibios”, proseguía el viajero, “y su comparación con los caballos terrestres es tan poco verosímil que o es un animal imaginario o cuando más una especie de foca...”⁹² De acuerdo con Joseph Orejuela, un prolífico proyectista de la época, las autoridades debían empeñarse en la reconquista de los territorios perdidos; refiriéndose específicamente a la antigua villa de Osorno, puntualizaba que ese era un terreno “tan ameno y abundante de minas de oro, usurpado injustamente a vuestra Majestad por aquellos detenedores que deben reconocer el vasallaje a Vuestra Majestad le es debido, y que al erario real están ocasionando diariamente muchos gastos, y mayores perjuicios en las fronteras, viviendo sus moradores en una continua sozobra”⁹³.

⁸⁹ *Copia de la carta escrita por don Agustín de Jauregui, Presidente de Chile, al Excelentísimo virrey del Perú Don Manuel de Amat, Santiago, 29 de marzo de 1774, Pedro de Angelis, Op. cit., vol. 1.*

⁹⁰ *Informe del Fiscal de la Real Audiencia de Santiago Dr. Pérez de Uriondo sobre el Derrotero de un viaje desde Buenos Ayres a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo de Sudoeste, comunicado a la Corte de Madrid en 1707 por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los Yndios Peguenches, de Angelis, Op. cit., vol. 1, p. 357. Sobre la búsqueda tardía de la mítica ciudad véase Barros Arana, Op. cit., 459 y ss.*

⁹¹ *Ibíd., p. 358.*

⁹² *A Description of Perú, etc...Op. cit., f. 336v.*

⁹³ *Memorial presentado al rey sobre la reconquista y descubrimiento de la ciudad de Osorno, 28 de junio de 1775, BL. Add. Mss., 15. 975, f. 83.*

En la medida en que la frontera cuyana se diferenciaba del activo e intenso mundo de convivencia que se desarrolló a lo largo del río Biobío, las soluciones dirigidas a terminar con el problema maloquero eran más drásticas. Una alternativa pasaba por la intensificación de la guerra, la multiplicación de los gastos militares y el desangre de hombres y recursos dirigidos a contener la furia del 'bárbaro'. "Con fecha de 10 de diciembre se sirvió su Excelencia el excelentísimo Señor Virrey de estos reynos", escribió Amigorena en abril de 1780, "aprobarme una entrada que le propuse a castigar tanta insolencia que continuamente padecía esta ciudad, hostigada del enemigo Bárbaro"⁹⁴. La única condición impuesta por las autoridades era prevenir que el alistamiento de las milicias no entorpeciera las tareas de cosecha. El 18 de febrero, después de largos preparativos, Amigorena marchó por segunda vez hacia el sur —esa vez con un contingente de más de 600 hombres— decidido a llegar y arrasarse con las tolderías de Malalhue; en la batalla que allí tuvo lugar, reportaba Amigorena, murieron 106 pehuenches.

La iniciativa diplomática fue asumida por Ancan, una vez que la expedición de Amigorena arrasó con sus tolderías. Después que los cuyanos habían demostrado poseer la capacidad material y bélica para penetrar en el *desierto* de modo exitoso, de poco servía pretender que los robos y asaltos contra estancias y caminantes podían continuar realizándose sin provocar el exterminio de la tribu. ¿Valía la pena arriesgar la pérdida completa de riquezas, tierras y familias, cuando los abalorios, géneros y manufacturas que se podían obtener como botín también eran accesibles a través del conchavo? Innegablemente, los jefes de Malalhue comprobaban cada día que el mundo cambiaba inexorablemente bajo el impacto del mercantilismo; las caravanas, antes esporádicas, aumentaban en número y su carga de pertrechos que ilegalmente encontraban su rumbo hacia el sur. A las propias tolderías había llegado el aliento estimulante del incipiente capitalismo, generando las sutiles redes que capturaban a las economías domésticas de los *rehues* de acuerdo con la lógica del mercado; se tejía y se producía para vender, mientras que el azúcar, la hierba mate y el tabaco, los granos y el alcohol, las armas de fuego y las herramientas de hierro, los objetos de plata y las monedas ya no eran más un lujo sino bienes necesarios. "A estos se les hallaron", escribió Amigorena después de saquear las tolderías pehuenches, "4 cotas de malla con varios coletos, 31 lanzas, las 11 de ellas de los almacenes de esta ciudad, dos llaves de fusil y varios cañones de ellos hechos revenques, 99 caballos y yeguas, 17 vacas lecheras, 1114 ovejas y 200 cabras." La crea y el paño de Quito, las

⁹⁴ Amigorena a Vértiz, Mendoza, 2 de abril de 1780, *AHPM.*, carpeta 26, doc. 58.

espuelas, sables y cuchillas, en fin, los innumerables artículos que constituían la carga de los horcones de buhoneros y comerciantes o que se apilaban en los estantes de las pulperías fronterizas, eran bienes que los pehuenches buscaban con avidez. “Sería bien que solo se les socorriese por ahora con alguna bayeta, yerba, tabaco, aguardiente, tintas y abalorios”, escribió un funcionario a Amigorena al momento de disponer los gastos para cubrir una lista de agasajos solicitados por el maestro de campo, “cuyas especies son de menor valor y de más estimación entre ellos, según estoy informado, mientras que den muestras de su buena fé y de que se sujeten a vida civil.”⁹⁵ Las pautas del intercambio, de otra parte, no eran nada desfavorables para los naturales. Riendas trenzadas, mantas y ponchos, brea, sal y plumas, pieles y trastos de madera –frutos del paciente trabajo de mujeres y cautivas o recolectados durante las expediciones de caza– eran bagatelas cambiadas por productos de un valor inestimable, especialmente cuando se asociaba su posesión al prestigio y la fama. “Todo el camino nos han salido porciones de yndios a sus cambalaches de aguardiente”, escribió desde la Laguna Cabeza de Buey el comandante de una expedición a Salinas en 1778, “y se ha conseguido rescatar un muchacho de diez años, y se aguarda en estos días hacer lo mismo con una pobre mujer”⁹⁶. Casi una década después, Antonio de Viedma informaba al virrey que eran frecuentes las ocasiones “en que los yndios se entregan seguros a practicar sus ferias en esta Capital (Buenos Aires), en que al paso que nos abastecen de ciertas cosas útiles, como son pieles, riendas, lazos, plumeros, sal, etc., que venden a dinero contado ó a cambio de aguardiente, yerba mate, y ropas, dejan su ignorancia, aficionados al buen trato, corresponden con noticias útiles...”⁹⁷ Los propios seguidores de Ancan demostraban su codicia por los artículos europeos, según lo demostró el catálogo de manufacturas y chucherías rescatadas después de la batalla de Malalhue, entre los que se contaban avíos, calzones, frenos chapeados, tembladeras y espuelas de plata⁹⁸. La modernidad había llegado también a las tolдерías, imponiendo nuevas reglas a las relaciones que se establecían con los *huincas*. Ancan y el resto de los caciques podían oponerse a su marcha, intentando levantar las intangibles murallas que distanciaban a su gente de la cultura extranjera y bloquear los

⁹⁵ Manuel Ignacio Fernández a Amigorena, Buenos Aires, 8 de octubre de 1781, AGN. CF., legajo 11, expediente 4.

⁹⁶ Juan Joseph Sarden a Vértiz, Cabeza de Buey, 28 de noviembre de 1778, AGN. CF., 9-1-4-2, f. 67.

⁹⁷ Informe de Antonio de Viedma al virrey Marqués de Loreto, 1786, BL. Add. Ms., 17.607, f. 220.

⁹⁸ Amigorena a Vértiz, Mendoza, 2 de abril de 1780... *Op. cit.*

caminos por los que fluían las codiciadas manufacturas. Pero no debe olvidarse que lo que daba más status y legitimidad a los jefes tribales era su sabiduría. ¿Era juicioso intentar detener el curso de la vida? De otra parte, la audacia de los huilliches que incursionaban con mayor frecuencia sobre sus cotos meridionales, demostraba que el expansionismo mapuche estaba en pleno apogeo, depredando por igual las estancias criollas como los asentamientos aborígenes, con una furia y un celo inigualado. ¿Cuánto tiempo lograrían sobrevivir los pehuenches de Malalhue y Barbarco antes de ser arrasados por los *capitanejos* del sur? Como manifestara Amigorena, la ausencia de Ancan y su viaje hacia las fronteras de Buenos Aires durante los días del contramalón de 1780, fueron “motivado de haberle abanzado a este cacique los Yndios Guiliches, en cuya función le mataron 33 y les robaron la mayor parte de sus animales”. ¿Era posible sostener una guerra en dos frentes simultáneos, más todavía cuando sus propias fuerzas militares habían sido diezmadas drásticamente y sus familias estaban prisioneras en manos de sus enemigos? En ese contexto, Ancan procuró establecer una nueva relación con los habitantes de Mendoza solicitando abiertamente la creación de una alianza para normalizar la convivencia y, al mismo tiempo, contener a los huilliches.

Después de enterarse del éxito que habían tenido los mendocinos en su última entrada hacia el sur, el virrey Vértiz instruyó a Amigorena de que diera noticia de los eventos a Ancan “procurando aterrorizar a este enemigo...”⁹⁹ De la batalla de Malalhue, los españoles habían quedado en posesión de 123 prisioneros –principalmente mujeres y niños– los que fueron distribuidos entre las familias ‘decentes’ de Mendoza para ser educadas e instruidas en los ritos cristianos. Entre ellas se contaba la nieta del cacique Guentenao, muerto en la operación. La reacción de los malalhueche no se hizo esperar. A principios de diciembre de 1780, la “cacica doña Ygnacia Guentenao y su parcialidad”, secundada por María Yanquipi y otros parientes, se presentó ante el cabildo de la ciudad con el objeto de pactar la paz. Respaldadas por Amigorena, las autoridades edilicias señalaron el paraje donde se celebraría el primer parlamento, de lo cual dieron parte al virrey Vértiz¹⁰⁰. El acuerdo preliminar pasaba por la radicación del cacique Roco y su gente a una considerable distancia de la ciudad, hecho considerado “imposible de cumplir”¹⁰¹.

⁹⁹ Vértiz a Amigorena, Buenos Aires, 10 de mayo de 1780, *AHPM.*, carpeta 46, doc. 23.

¹⁰⁰ Vértiz al Corregidor de la Provincia de Cuyo, Buenos Aires, 10 de enero de 1781, *AHPM.*, carpeta 46, doc. 29.

¹⁰¹ Villalobos, *Los pehuenches...Op. cit.*, p. 206.

Después de diversos avatares, pasando por la fuga de algunos rehenes hacia las tolderías del Campanario y la reiterada amenaza de Amigorena de llevar a cabo una tercera expedición hacia el sur, el acercamiento adquirió nuevas fuerzas con la apertura de una comunicación directa entre Amigorena y los jefes del sur quienes, a mediados de 1781, le enviaron una extensa carta en la cual los *lonkos* pehuenches solicitaron que se les tratara como vasallos del monarca¹⁰². Después de cumplir con las exigencias del protocolo, entraron de lleno en la demanda central: pedir la liberación de sus familias capturadas durante la expedición de Amigorena. De acuerdo con sus palabras ese gesto del virrey sería una muestra “de su notoria justificación y suma caridad”; a cambio de esa acción, prometían paz en la frontera, obediencia a las instrucciones de las autoridades y servicios militares contra los enemigos comunes¹⁰³. En su comunicación, los *lonkos* demostraron tener un cabal concepto del orden virreinal y del valor que podían tener los testimonios de autoridades subalternas –capitanes de amigos, comisarios, corregidores– para fundamentar sus demandas, concibiendo las fronteras de la pehuenchada como una entidad que se extendía desde Concepción a San Luis. Si les entregaba sus familiares, observaron con solemnidad los jefes pehuenches, “prometemos, como hasta aquí, ser leales vasallos del Rey de España, y que expondremos nuestras vidas todo lo posible en ayuda y defensa de esta Patria de Mendoza; y que demás de esto nos sujetaremos a todos cuantos partidos se nos hagan por vuestra merced y que nos sea dable; esto es, entregándonos nuestras familias”¹⁰⁴. ¿Podía haber un juramento más fehaciente de fidelidad? Ciertamente, la lectura de la carta pehuenche podía hacerse desde diversos ángulos: como una nueva muestra de los dobleces y falsedades que los hispano-criollos

¹⁰² *Los caciques Roco, Pienpam y Puñalef al comandante de armas Joseph Francisco de Amigorena*, San Carlos, 13 de junio de 1781, *AHPM.*, Epoca Colonial, Sección Gobierno, carp. 29, doc. 27, sin foliar. Reproducimos este valioso documento en L. León, *El surgimiento de los Señores de la Guerra... Op. cit.*

¹⁰³ Al parecer, los pehuenches aceptaron ser trasladados a territorios designados por las autoridades. Así se desprende del testimonio proporcionado por Francisco Esquivel Aldao, quien da cuenta de que el corregidor Jacinto camargo pasó en junio de 1781 al fuerte de San Carlos “a poner en poder de aquellos indios de aquella frontera de los parajes y sitios sobre que se habían contratado en la última paz hecha con ellos...”, en *Confesión de Francisco Esquivel Aldao*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 1781, *AGN.*, *Departamento de Guerra y Marina*, legajo 6, Expediente 2.

¹⁰⁴ Sobre los familiares cautivos, las autoridades retuvieron a tres hijos de Pichintur y otros tantos sobrinos a Lloncopan, bajo el argumento que durante su cautiverio se habían cristianizado; *ver Sobremona a Amigorena*, 10 de octubre de 1784, *AHPM.*, carpeta 61, doc. 31.

atribuían a las autoridades tribales, como un acto de desesperación que sería prontamente olvidado, o como la expresión genuina de una voluntad profunda de observar los tratados al pie de la letra. ¿Quién podía creer en las promesas de paz hechas por los ‘bárbaros’?

En la frontera, fragua de violencia y anarquía, lo más difícil era instaurar el *tiempo de paz* no solo porque los hombres se habían acostumbrado a la rutina marcada por las armas, sino también porque cualquier asomo de consenso hacía aflorar viejos recelos y prejuicios. Un alto funcionario de la real hacienda virreinal, al ser requerido que enviara 10 pesos para cubrir los gastos en ovejas, vacas y otras que Amigorena esperaba “regalar a los Yndios de esas fronteras con quienes tiene hechas paces”, señalaba puntilliosamente: “Tengo por conveniente advertir a vuestra merced respecto a la poca seguridad que ofrecen sus prometimientos, pues suelen ser permanentes mientras reciben y consumen cuanto se les dá para su subsistencia y vicios”¹⁰⁵. Los representantes vecinales de la ciudad de Mendoza también vocearon su escepticismo. De no procederse a la construcción de dos fuertes que permitieran consolidar la presencia cuyana en el sur, señalaban en 1782, no podía de modo alguno “esperarse estabilidad y firmeza en las pazes que al presente han estipulado, o por mejor decir, han aparentado con esta ciudad, con la esperanza de recaudar los cautivos que se tomaron en la última expedición a las tolderías, y que desde luego es verosímil no tendrán otra duración que aquella que quiera darles su inconstancia y poco sufrimiento de una Nación tan vengativa...”¹⁰⁶. Reforzar los recintos militares y prepararse para exterminar a los naturales era el discurso tradicional de los hombres de poder local, para quienes la apertura diplomática de Ancan no era más que una treta concebida por su mala fe. Tomar en serio los ofrecimientos de los pehuenches, de otra parte, significaba replantear los términos en que hasta allí habían sido concebidas las relaciones políticas con el mundo tribal, reconociendo que sus autoridades eran auténticos representantes de un orden social que, por más precario y extraño que pareciera, entrañaba un sentido jurídico profundo y permanente. En otras palabras, se trataba de admitir que las proposiciones hechas por los pehuenches estaban dictadas por principios políticos trascendentes y no por el interés solapado del regalo o la mera recuperación de sus familias cautivas. Asumir esa opinión implicaba revolucionar el sistema de convivencia que hasta allí se mantenía con las tribus del desierto, abriendo las puertas para el intercambio

¹⁰⁵ *Fernández a Amigorena... Op. cit.*

¹⁰⁶ *El cabildo de Mendoza... Op. cit.*

político y diplomático. Afortunadamente para la paz cuyana, esa fue la interpretación que Amigorena dio a la carta de los jefes de Malalhue.

Las relaciones de colaboración entre los habitantes de las tolderías y los cuyanos no surgían en el vacío; por el contrario, la complementación de ambos mundos era ya un hecho, a pesar de la gran distancia física que los separaba. El comercio iba lentamente echando raíces a través de la región meridional de Cuyo. Por ese motivo, la pronta consolidación de las relaciones pacíficas no puede sorprender a nadie. En noviembre de 1781, apenas seis meses después de las ofertas de paz hechas por Ancan y sus caciques, el maestre de campo anunció por Bando Público:

“A todos los vecinos y moradores desta Ciudad y su Jurisdicción hago saber que, por aviso que me hace el Comandante del Fuerte de San Carlos, ha puesto en mi noticia la determinación que los Yndios Pehuenches de Roco y Piempan habían tomado de partir para las Salinas de Diamantes a cargar desta especie, y que por si acaso algunas personas desta ciudad quisiesen ir tambien en su compañía al mismo efecto, bendrian dichos Yndios a incorporarse en el Fuerte para el dia diez y ocho del corriente: por tanto si algunas personas desta ciudad determinasen también marchar a cargar de Sal, podran hacerlo en inteligencia que tendrán que mantenerse a sus espensas...”¹⁰⁷

Además del comercio, otro factor que acercaba a ambas partes era el peligro común de ver arrasadas sus propiedades por los maloqueros. Las actividades de estos registraban un *peak* inesperado, llegando a ser un hecho casi cotidiano a través de las fronteras pero, en la medida en que se mejoraron las comunicaciones cordilleranas, comenzó a ser posible el traspaso de información entre Chile, Cuyo y Buenos Aires sobre los movimientos que realizaban los depredadores. En 1782, el gobernador de Chile informó al virrey del Río de la Plata “acerca de la invasión que intentan hacer los indios huilliches en el proximo imbierno contra las ciudades de Mendoza, La Punta y haciendas de la Provincia de Cuio...”¹⁰⁸ Al respecto, el comandante de armas publicó un bando en julio de 1782, convocando a los oficiales de las milicias para que alistaran sus hombres para detener “la confederación que los Yndios Huilliches

¹⁰⁷ *Bando del Comandante de Armas y Fronteras de Mendoza José Francisco de Amigorena, autorizando la salida de quienes deseen acompañar a los pehuenches a las salinas de Diamante a traer tal elemento*, Mendoza, 9 de noviembre de 1781, *AHPM.*, Epoca Colonial, Sección Militar, carp. 53, doc. 10, sin foliar.

¹⁰⁸ *Benavides a Higgins*, 1º de abril de 1782, *AN. FCG.*, vol. 774, carta 268, fj. 154.

están armando para imbadir reunidos en la frontera de esta Ciudad”¹⁰⁹. Interesado en ‘castigarlos y escarmentarlos’ la orden era perentoria para que todos los vecinos, “sin escepción alguna se presenten en esta Plaza con dos Cavallos cada uno al primer tiro de Cañon, y dentro del término de una hora los que habiten extramuros... sin dar lugar a que las Patrullas quiebren Puertas y candados, pues de lo contrario se darán por comisados todos los Animales, y a sus Dueños o custodios el castigo correspondiente...”¹¹⁰ Otra fuente importante de información sobre los movimientos de los invasores seguían siendo los cautivos fugados de las tolderías quienes, después de sufrir las innumerables crueldades y humillaciones que imponía la esclavitud, lograban sobrevivir la inhóspita naturaleza del desierto para emerger en los poblados y villorrios con valiosos datos. En 1782, el cautivo Juan Cabello, natural de Mendoza, hizo su aparición en el fuerte de San Carlos, proporcionando noticias frescas sobre sus captores. El muchacho, capturado a los 16 años por el cacique Quelan en las inmediaciones de Pergamino e India Muerta en la invasión de 1780, había pasado gran parte de su cautiverio en el Mamuelmapu (‘que quiere decir los Montes’) y, más recientemente en Carrilauquen, a orillas del Río Diamante. “Los yndios que se hallan en Carrilauquen”, declaró,

“son como 12 yndios de lanza; que en el Río Salado, que dista un día de camino de Carrilauquen hay muchas cautivas cristianas, haciendas, etc. Que para acá de Carrilauquen, sobre el mismo río, hay muchas tolderías a trechos cortos, cautivos, haciendas, plata de cordoncillo, chapeados, fuentes, platos de plata, etc. y el cáliz del canónigo en que beben chicha, que dicen era de un obispo, que lo lloran los cristianos. Los caciques principales de todos son Quelan, Huenumilla, Llanquetur, todos Ranquelches, enemigos de los pehuenches, desde que mató Quelán al padre de Ancan”¹¹¹.

Un año más tarde, Mathea Petrona Xixon, también fugada de los ‘bárbaros’, corroboró los dichos de Juan Cabello. Interrogada en presencia de los ediles mendocinos el 10 de octubre de 1783, Mathea Petrona confesó ser natural de Corocorto y declaró que había sido tomada prisionera en 1780.

¹⁰⁹ *Bando del Comandante de Armas y Fronteras de Mendoza José Francisco de Amigorena, ordenando reunir a las milicias ante un posible ataque de los Huilliches, Mendoza, 6 de julio de 1782, AHPM., carp. 53, doc. 11, sin foliar*

¹¹⁰ *Ibíd.*

¹¹¹ *Declaración del cautivo Juan Cuello de Mendoza, fuerte de San Carlos, 10 de junio de 1782, AHPM., carpeta 65, doc. 23.*

“Preguntada como se escapó?

Dijo que mientras los yndios se fueron a dar a los lados de Buenos Ayres, que se juntaron muchos, y que entonces logró la ocasión de venirse, porque dejaron los toldos solos con las mujeres y la chusma.

Preguntada como se llamaba el paraje donde estuvo cautiva?

Dijo que le llamaban en su lengua Queldela, un día de camino para acá del Río de Los Sauces, y que en este paraje solo habían diez tolderías y que por lo que le oía a los yndios, habían otros toldos por allí inmediatos, y que el cacique que los comandaba se intitulaba Yancubo, y que allí mismo se mantenía y que decía tenía mucha indiada”¹¹².

Enfrentados al creciente acoso maloquero, las autoridades optaron por pasar a la ofensiva, realizando continuas campeadas y apostando ‘bomberos’ y vigías que permitían observar los movimientos de los potreadores naturales. Globalmente, el sur del virreinato fue puesto en estado de alerta. La intensificación de las campañas militares anunciaba un cambio drástico en el desenvolvimiento de las relaciones sociales fronterizas. Por primera vez, después de décadas de acoso, las autoridades virreinales y pehuenches asumían la iniciativa bélica, forzando el traslado de los frentes militares al corazón mismo del desierto. Se había iniciado la guerra ofensiva contra los *capitanejos* y sus efectos se hacían sentir en las pampas. “Dijo que estaban pensando vivir más adentro los que volviesen”, declaró Mathea Petrona, “porque corría noticia que los españoles querían entrar de todas partes a matarlos, que estaban con mucho miedo”. Pero corresponde preguntarse: ¿Podía destruirse la dinámica de la guerra del botín recurriendo tan solo a la represión? “Porque a la verdad, la guarnición del fuerte de San Carlos”, escribió el Cabildo de Mendoza en octubre de 1782, “en el pié que hoy se mira de sólo 25 hombres, aunque sirve de algún respeto para que los indios no se internen con libertad y se apoderen de todo el Valle de Uco, pero este corto número no solamente no puede resistir a aquel enemigo pero ni aún celar el tránsito sigiloso a las estancias del Valle...”¹¹³ De no mediar la inversión de gruesos caudales, un mayor disciplinamiento de las milicias y una mayor coordinación entre los principales centros de poder colonial, difícilmente se podría erradicar la violencia tribal, que como una plaga se dejaba caer sobre las poblaciones. En Buenos Aires, foco central del poder imperial, la situación no era mejor. “Las representaciones

¹¹² *Declaración de la cautiva Mathea Petrona Xixón en el cabildo de la Ciudad de Mendoza*, 10 de octubre de 1783, *AHPM.*, carpeta 44, doc. 9.

¹¹³ *El cabildo de Mendoza a Gaspar Lozano, Oficial de Real Hacienda*, Mendoza, 18 de octubre de 1782, *AGN. GM.*, legajo 13, exp. 16.

que han hecho los comandantes de los fuertes de Chascomus, Laguna del Monte, Luján, Pergamino y Rojas”, escribió el virrey Vértiz a comienzos de octubre de 1780, “manifiestan el corto número de plazas con que pueden salir a oponerse al enemigo si repitiese sus insultos...”¹¹⁴

La complejidad que adquirió el intenso tráfico de animales y bienes a través de las pampas –llegando a conformar circuitos continentales, materializados en las rastrilladas que unían a las tolдерías de ambas vertientes de los Andes– hacía necesarias diversas medidas de seguridad que iban desde la neutralización de las tolдерías fronterizas, el reforzamiento de los sistemas de fuertes y pagos y la ocupación paulatina de las rutas usadas por los depredadores. Por sobre todo, se requería ejercer un mayor control sobre el flujo de ganados que, de acuerdo con las autoridades bonaerenses, iban a parar a los mercados de Chile. Sobre este punto, crucial en la acción imperial de desarticulación de los sistemas económicos implementados por los maloqueros, en 1783 el gobernador de Chile envió a Higgins una copia del oficio remitido por Vértiz a Santiago, “en que me insinua justamente los perjuicios que se siguen del desorden de comerciarse en Valdivia con los Indios los ganados robados, y marcados de las haciendas de la jurisdicción de aquel virreynato”¹¹⁵. Comprobado este tráfico ilícito, proseguía el gobernador, el intendente de la provincia debía tomar “las más serias providencias de averiguar estos hechos, adbitrie (sic) los medios oportunos de contenerlos en lo sucesivo, poniéndolos de pronto en ejecución en que se prohiban pena de la vida estos comercios clandestinos y reprobados, publicándose anualmente...” Una vez descubiertos los mecanismos que vinculaban al malón transandino con las economías tribales de Araucanía, las autoridades coloniales del virreinato y Chile comenzaron a intervenir directamente para desarmar su base material. De ese modo, el flujo de recursos que tanto había beneficiado al desarrollo de los grandes cacicatos llanistas comenzó a menguar, debilitando a su vez el apoyo logística que estos linajes podían otorgar a sus aliados de las pampas.

Globalmente, en la medida en que las relaciones de intercambio con los europeos se habían convertido en un hecho rutinario, era difícil retomar el camino de la violencia porque habían desaparecido los mecanismos de movilización militar tradicionales. La guerra, que se había llegado a transformar en un modo de vida, cedía forzosamente su lugar a la convivencia diplomática.

¹¹⁴ Vértiz a Juan Joseph Sardén, Buenos Aires, 8 de octubre de 1780, *AGN.*, CF, 9-1-7-4, f. 198.

¹¹⁵ Benavides a Higgins, Santiago, 9 de octubre de 1783, *AN. FCG.*, vol. 775, carta 138, fjs. 79-79v.

Este formidable logro, sin embargo, no fue un hecho accidental, sino una obra protagonizada por hombres de la talla de Ancan, Amigorena y Higgins.

Efectivamente, una vez que se iniciaron los intercambios pacíficos con los mendocinos, los jefes de Malalhue intensificaron sus contactos ofreciendo concordar con las autoridades de la provincia un tratado similar al que firmaron con las autoridades de Chile. Para lograr ese objetivo, los pehuenches encabezados por Ancan remitieron al capitanejo Colepy a fines de septiembre de 1783 hacia la ciudad con el objeto preciso de presentar los pasaportes otorgados por Higgins que acreditaban su condición de ‘fieles vasallos del monarca’. Amigorena, al igual que Higgins, no vaciló en aceptar la proposición de Ancan, publicando un Bando que detallaba las negociaciones que tenían lugar con los habitantes de las tolderías meridionales para el conocimiento del vecindario.

Bando

“Don Josef Francisco de Amigorena, Comandante de Frontera de esta Provincia de Cuyo por el Rey Nuestro Señor Dios le guarde, etc. Por cuanto el Cacique Ancanamun de Nación Pehuenche, y Principal Gobernador de esta Nación de Yndios del Reyno de Chile me ha hecho constar por el pasaporte que me ha presentado en esta ciudad a su nombre el capitán Colepy, dado en la Concepción de Penco por el maestre de campo de aquella frontera don Ambrosio Ygnes, (sic) y constándome por dicho pasaporte de haberse declarado él y su hermano Pichintur por leales vasallos de el Rey de España y por amigos de todas las fronteras del Reyno de Chile y también de esta banda de la Cordillera de Cuyo. En esta inteligencia y porque me tiene prometido dicho cacique reservadamente intenta también declararse conmigo por los mismos términos que me ha hecho constar en dicho pasaporte, los declaro desde ahora a él dicho Ancanamun y Pichintur por mis amigos y leales vasallos, con el bien entendido que dentro del término de dos meses contados de esta fecha, se deberán presentar ambos dos en esta ciudad a mi disposición para tratar la paz que desean como los demás de esta Nación la tienen declarada. Y de no verificarse en el término predicho, no les servirá este pasaporte para su resguardo en ninguna de las fronteras por donde transitasen. Y para que sin recelo alguno puedan venir, he tenido por conveniente el que vaya a la Tierra adentro el cacique de esta frontera llamado Lloncopan y la María, hermana de Roco, con el lenguaraz Josef Salas y su hijo Eufracio, naturales del reyno de Chile. Y para que conste y obre los efectos que convenga, doy la presente en Mendoza a catorce de Septiembre de mil setecientos ochenta y tres. Josef Francisco de Amigorena”¹¹⁶.

¹¹⁶ Bando emitido por el Comandante de armas de la Ciudad de Mendoza Joseph F. de Amigorena, Mendoza, 14 de septiembre de 1783, AN. FMV., vol. 24, pieza 16, f. 227. En

El afianzamiento de la paz entre mendocinos y malalhueches marcaba un hito importante en la historia pehuenche. Después de haber huido de la guerra y de los abusos que cometieron en su contra los oficiales del gobierno de Penco, los jefes pehuenches finalmente lograban reestablecer el diálogo con los hispano-criollos, conservando su condición de sujetos libres y soberanos. La violencia y el uso de la fuerza había finalmente gestado sus frutos en el amplio escenario de la política, haciéndose de allí en adelante innecesaria. El poder era nuevamente un bien compartido entre dos pueblos que no pretendían subordinar ni someter al otro. Con ello concluía el ciclo de malones y contramalones, que había marcado la coexistencia fronteriza en el sur mendocino por más de dos décadas. En su lugar se instalaba un sistema de estrecha colaboración en la que el enemigo maloquero huilliche actuaba como un factor de unificación entre pehuenches y cuyanos. De ese modo, los jefes de Malalhue consolidaban su presencia en los territorios septentrionales, asegurando las tierras de pasturaje y laboreo necesarias para su economía y fortaleciendo el control que ejercían sobre los pasos y boquetes cordilleranos. Si por allí habían fluido libremente ganados y productos ilegales, la nueva era anunciaba el crecimiento de un intercambio comercial más formal, dominado por los grandes caciques ultracordilleranos, porque del desorden y la anarquía que había imperado desde tiempo inmemoriales se pasaba a un mundo más estructurado y jerárquico. Es cierto que no desaparecía la autonomía territorial y política de las tolderías, nadie podía ignorar la sombra que caía sobre los rehues: era la figura del *apoguilmen*, del hombre grande, que comenzaba a erguirse sobre la horizontalidad de las pampas. Siguiendo el rastro marcado por los caminos que surcaban los polvorientos suelos o que serpenteaban a través de las cordilleras y sierras, inevitablemente se llegaba a las grandes tolderías de Malalhue, la Tierra de los Corrales. Justo en el punto en que el gran país andino se transformaba en pradera, y que marcaba el límite entre el territorio monárquico y los países tribales, pastaban pacíficamente miles de ovejas, caballos y mulas, como símbolos de la nueva riqueza y status de los cazadores transformados en pastores y comerciantes.

“Señor Don Josef Amigorena.

Recibí la de Usted con mucho gusto por saber que usted hará aprecio de mí y

junio del mismo año, Amigorena escribió al gobernador de Chile solicitando información relativa a Josef Salas, Joseph Eufracio y su hijo “para la correspondiente libertad de dichos individuos, retenidos allí por haberse internado a esa frontera por las tierras de yndios sin manifestar licencias, exponiendo que lo ejecutaron con granos para conchavar ponchos...”, *Benavides a Amigorena*, Santiago, 19 de agosto de 1783, *AHPM.*, carpeta 41, doc. 102.

confiado en lo que me dice en la suya, me dispongo a ponerme a sus pies. Y también Llonco dice que se alegra mucho que su deseo se le cumpla y también la María dice que se alegra mucho del viaje, y así visto esto usted dispondrá adonde nos hemos de ver en la suya espero respuesta. Yo salgo para allá el día once de octubre del presente año y la fecha de esta es a ocho del mismo mes. Es cuanto se ofrece. Beso la mano de Usted su más rendido vasallo que verlo desea.

Ancanamun”¹¹⁷.

Considerando que apenas cuatro años antes las autoridades de Chile se estremecían frente al anuncio de una gran irrupción pehuenche contra Chile central, es significativo el cambio que experimentaron las relaciones fronterizas durante ese período gracias a la gestión diplomática de Ancan. Este proceso continuó en octubre de 1784, oportunidad en que Pichintur, hermano menor de Ancan, se dirigió hacia Mendoza en condición de *werken* para realizar las diligencias conducentes a un gran parlamento. La trágica combinación de malones, conflictos internos y sequías producían el acercamiento de ambos mundos igualmente afectados por la inestabilidad generalizada que sacudía a las fronteras a causa del resurgimiento huilliche. En Buenos Aires el maestro de campo Manuel Pinazo, experto veterano y respetado por sus coterráneos por su osadía y capacidad de organización, manifestaba: “Pues está a la vista, no hay para qué ponderar, lo que ha crecido la osadía de los Yndios bárbaros, con las repetidas invasiones que están haciendo continuamente en esta jurisdicción, con desprecio total de las fronteras, internándose en esta última invasión hasta el camino que vá de esta Ciudad (Buenos Aires) a la Villa de Luxán, matando los varones y llevándose cautivas las familias y muchas haciendas de campo; con lo que prosiguiendo ellos con sus invasiones y nosotros en dificultades para castigarlos y contenerlos en respeto, antes de pocos años logran el destruirnos”¹¹⁸. Describiendo las hostilidades realizadas contra la frontera oeste de la ciudad, un funcionario virreinal relataba la audacia con que actuaban los invasores provenientes de las pampas: “Se dejó venir un cuerpo de yndios por el Partido que llaman de Zamborombon, y recorrió nuestro campo de 8 a 9 leguas, destruyendo las sementeras, matando y haciendo cauitvas muchas gentes, con las demás hostilidades que ejecutan...”¹¹⁹ El saldo del asalto y la campaña posterior no era nada despreciable: 28 españoles

¹¹⁷ *Ancanamun a Amigorena*, 8 de octubre de 1783, AN. FMV., vol. 24, pieza 16, f. 227.

¹¹⁸ *Manuel Pinazo a Vértiz*, Luján, 7 de Septiembre de 1783, AGN. CF., 9-1-7-4, f. 455.

¹¹⁹ *Relación de lo sucedido con los yndios del Partido de Buenos Ayres, desde el 22 de noviembre hasta el 5 de diciembre del año pasado de 1780*, BL. Add. Ms., 20.986, f. 147.

mueritos, varios heridos y 35 cautivos. De los asaltantes quedaron 26 muertos y dos prisioneros. “Las naciones que más frecuentemente hostilizan las fronteras” escribió el virrey Vértiz en 1784, “son los aucas que residen ordinariamente en las pampas y a la falda de la Cordillera de Chile; los rancacheles en los bosques que corren por más de ciento y cincuenta leguas desde Salinas hasta la travesía de Mendoza, y los teguelchus, más allá del Río Colorado”¹²⁰.

La aparición del temerario Llanquetur, de los caciques Negro, Lorenzo, Calfucir y Lincopagni, por nombrar a los más conocidos, sumados a la conformación de una sólida alianza maloquera en las pampas centrales y Neuquén, amenazaba con destruir la cuidadosa red de relaciones sociales desarrollada tanto por los caciques fronterizos, en el caso de Buenos Aires, como por los malalhueche a través del sur mendocino, en la medida en que sus promesas de fama, prestigio y botín a los conas actuaban como poderosos incentivos en el reinicio de la violencia. Los hombres del *weichan* pulsaban las cuerdas más sensibles y sutiles, transformando su llamado a la violencia en la contrapartida de la diplomacia. En esas circunstancias, la reconstrucción del tejido social que permitió la conversión de los pehuenches de cazadores y recolectores a pastores y comerciantes estaba a punto de derrumbarse bajo el hechizo que ejercía la convocatoria de los *capitanejos* en los sectores periféricos de la tribu. Las tolderías que habían logrado un mayor grado de estabilidad, sedentarizando sus habitaciones, comenzaban nuevamente a migrar, buscando la seguridad que les proporcionaban las montañas. Ancan, al tanto de estos cambios e interesado en proteger su flanco septentrional, dio el significativo paso de afianzar personalmente la paz con Amigorena. En realidad, este nuevo gesto era congruente con su estrategia iniciada a fines de 1780, de pacificar a sus vecinos *huincas*, solidificar la alianza con los pehuenches de Antuco, Barbarco y Lolco, incorporar a los segmentos aucas y puelches que deambulaban por las pampas y preparar sus fuerzas para derrotar a Llanquetur. “Quedo enterado de las paces que solicita entablar el cacique Pichintur”, escribió el marqués de Sobremonte el 10 de octubre de 1784. “y que estas se habían tratado, aunque no con las ceremonias acostumbradas, lo que espera vuestra merced se verifique con la llegada de su hermano Ancanamun, con quien iba a volver”¹²¹. La oferta de Ancan no podía llegar en un momento más oportuno para las autoridades cuyanas. Justamente en esos días, el virrey aumentaba su

¹²⁰ *Memoria de gobierno del virrey Juan José Vértiz*, Buenos Aires, 12 de marzo de 1784, en *Memoria de los virreyes de La Plata...*, p. 144.

¹²¹ *Sobremonte a Amigorena*, Buenos Aires, 10 de octubre de 1784, *AHPM.*, carpeta 61, doc. 31.

presión para que la provincia se sumase a la campaña combinada que se organizaba desde Buenos Aires contra los ‘bárbaros de las Pampas’¹²². “En esta inteligencia”, proseguía Sobremonde, “le recomiendo procure todos los medios posible y que le dice su experiencia para atraerlos a la paz y que se logre el Tratado...” Durante esos mismos días, el gobernador de Chile escribió a Amigorena manifestándole que se llevaba a cabos las investigaciones para averiguar quiénes habían sido los autores “del robo de caballos que hicieron los dependientes de la hacienda de don Néstor Mena a los pehuenches establecidos de paz en sus inmediaciones, y haciendo restituir a vuestra merced estos animales para que satisfaga a sus dueños como desea; reprehenderé severamente a los resulten culpados, poniendo todas las precauciones que para adelante sean capaces de contener iguales daños...”¹²³ Poco tiempo más tarde, el *lonko* Joseph Roco firmó el primer tratado de paz con los cuyanos, los que le fijaron las tierras situadas “200 leguas al sur de Mendoza, para que en ellas se establecieran y cuidaran de sus ganados, bajo la garantía de que no serían molestados ni perseguidos...”¹²⁴

Hasta ese momento, Ancan había sido conocido solo como un corsario de las pampas. No obstante, después de los parlamentos de Los Angeles y Mendoza, durante los cuales el atrevido jefe transformó su energía bélica –destruictiva y poderosa– en compromisos que aseguraban un trato justo y equitativo para los malalhueche, su gente pasó a ser el brazo armado más efectivo de la alianza hispano-pehuenche. Los antiguos ‘salvajes’, temidos y aborrecidos en los valles de Uco, Tunuyan, Chillán, Ñuble y La Laja, se transformaron en activos defensores del orden y la paz. El nombre de Ancan, que había sido sinónimo de muerte y sufrimiento, quedaría desde 1784 unido a las nuevas formas de vida que comenzaban a florecer en las fronteras del desierto. Del anacronismo de la guerra arcaica, el *toqui* Ancan se situó a la cabeza del cambio que anunciaba la historia, logrando la conversión que otros no pudieron conseguir: transformar el poder militar en fuerza para la paz, el consenso y la coexistencia fronteriza. Su proyecto político no consistió en esperar pasivamente a que los criollos irrumpieran sobre sus tierras ni tampoco sentarse a especular sobre el futuro de la guerra con los huilliches. Muy por el

¹²² Leonardo León, Osvaldo Silva y Eduardo Téllez, “La guerra contra el malón en Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800”, *Revista Cuadernos de Historia* 17 (Santiago, 1999), pp. 7-67.

¹²³ *Benavides a Amigorena*, Santiago, 19 de agosto de 1783, ...*Op. cit.*

¹²⁴ José Torre Revello, “Aportación para la biografía del maestre de campo de milicias y comandante de armas y fronteras don Joseph Francisco de Amigorena”, *Revista de Historia Americana y Argentina* 2 (Mendoza, 1958-1959), p. 11-31.

contrario, apoyado en el prestigio que le daba su fama de guerrero y la autoridad que le confería la extensa alianza que había logrado consolidar con los segmentos puelches y aucas que pululaban al sur de Mendoza, Ancan salió al encuentro de la historia para enfrentar cara a cara los desafíos que le planteaba el mercantilismo y la araucanización del desierto. Solamente el futuro diría si su elección fue correcta. De lo que no cabía duda, era que en esos años el *toqui* de Malalhue se había transformado en el *Señor de las Pampas*¹²⁵.

¹²⁵ Los eventos posteriores a los que se analizan en este trabajo han sido estudiados en Leonardo León, *Ancan y Llancaur: la guerra de los corsarios de las Pampas, 1784-1789* (Manuscrito en prensa, año 2000); "Pichintur de Malalhue, Cacique General de la pehuenchada, 1787-1796", *Revista Contribuciones Científicas*, (Universidad de Santiago, Santiago, 1998), pp. 27-75; "Raiguán, el calcu de las Pampas, 1794-1797", *Boletín de Historia y Geografía* 14 (Universidad Católica Blas Cañas, Santiago, 1998), pp. 167-196.